
CONTRA el IMPERIO de NAHUM
GEORGE H. WHITE.
JOSÉ LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

LA CIUDAD SUBMARINA

A 3.000 metros de profundidad, el crucero Filadelfia avanzaba lentamente hendiendo las frías aguas del Mar Tenebroso. Aquella nave, construida para operar tanto en el vacío cósmico como en la atmósfera o entre las aguas de los océanos, medía 300 metros de eslora y venía a ser el compendio de los más sorprendentes adelantos con-seguidos por el Hombre desde el nacimiento de Jesucristo hasta el año 7.000.

En la cabina de la poderosa aeronave, cuyas formas adoptaban el estilizado perfil de un sollo de prominente espolón, media docena de hombres escuchaban atentamente los ecos del «sonar». ¡Clin…! ¡Clon!

- Esa debe ser la ciudad de los oceánides -murmuró José Luis Balmer haciendo una mueca.

- ¿A más de tres mil metros de profundidad? -interrogó el almirante Herrera-. ¡Imposible! ¡La presión no permite habitar este abismo a otras criaturas que a los peces acorazados, especialmente construidos para vivir a esta profundidad! ¿No aseguran ustedes que los oceánides son seres humanos como nosotros?

- En efecto-repuso Miguel Ángel Aznar-. Sin em bargo, esta debe ser Ciudad de Coral, la capital del reino oceánide. Observen ustedes ese eco.

- No parece más sino que hubiera ante nosotros una montaña de hierro -apuntó el contralmirante Blasón.

- ¡Y debe tratarse de una montaña! -afirmó Herrera.

- No-opuso Miguel Ángel-. El eco que percibimos procede de una gigantesca cúpula de metal. Dentro de ella está la ciudad de nuestros amigos. Era lógico que fuera así. Los oceánides son seres constituidos como nosotros y no podrían soportar presiones superiores a los treinta metros de profundidad.

- ¡Atención! -gritó una voz-. Captada señal de sonar, rumbo tres, cinco, cinco.

Aquel aviso procedía de uno de los serviolas «robot» de la aeronave. El gigantesco crucero estaba prácticamente atestado de máquinas; cerebros electrónicos que hacían las veces de pilotos, copilotos, navegantes, telegrafistas, serviolas, artilleros y de más células indispensables en un gran buque de combate.

Miguel Ángel volvióse hacia el almirante Herrera. Miguel Ángel era un joven de unos 22 años, alto, esbelto, moreno, de frente despejada y negros e inteligentes ojos.

- Los oceánides nos han descubierto -anunció-. Convendría detenernos hasta que hayamos establecido nuestra identidad. Tal vez

nos estén interrogando con ecos de sonar.

- Me parece muy bien -repuso el almirante. Y tomando un micrófono ordenó en español-: ¡Atención! ¡Comandante a piloto… Alto! ¡Comandante a tele grafista! ¡Remita a la pantalla de radar ese eco de sonar!

El crucero se detuvo inmediatamente. Ninguna tripulación humana hubiera obedecido con más inteligencia que los cerebros electrónicos distribuidos por el buque sideral. Jamás una reacción humana sería tan rápida como la de estas máquinas «robot» que «pensaban» y actuaban a la velocidad de la luz.

Enseguida se encendió una de las pantallas del radar, en destellos rápidos e intermitentes.

- Parece un mensaje en Morse -apuntó el almirante Cicerón, otro de los seis ocupantes de la cámara de derrota del crucero. Y tras una breve pausa, mientras todos seguían atentamente los guiños de luz de la pantalla, observó-: Pero no entiendo ni jota. Las letras no forman ninguna palabra que tenga sentido.

- Porque ese mensaje está transmitido en lenguaje oceánide -repuso Miguel Ángel-. Sin embargo debe de tener su sentido… Veamos, la princesa Ondina, la hija del rey de los oceánides, me entregó esta nota momentos antes de despedirnos. Me recomendó que la transmitiera punto por punto con ecos de sonar si alguna vez llegaba ante las puertas de Cuidad de Coral, y que esperara luego.

Miguel Ángel extrajo del bolsillo de su casaca verde un papel que desdobló. En él se veían algunas hileras de puntos y rayas.

- ¿Qué quieren decir estos signos? -interrogó el almirante Herrera mirando por encima del hombro del muchacho.

- Lo ignoro. Creo que es algo así como una clave, que servirá para identificarme al llegar a los puestos avanzados de la ciudad oceánide.

- Ande con cuidado, señor Aznar -refunfuñó el al mirante Mendizábal-. Por lo que nos ha contado, apenas si conoce a esa joven princesa de los Hombres-Rana. ¿No habrá una celada detrás de su amable invitación a que le visitara en Ciudad de Coral? Recuerde lo que le ocurrió con los Ibajay…

- Lo recuerdo perfectamente. No es fácil que lo olvide nunca -repuso Miguel Ángel sombríamente. Y tras una breve pausa añadió-: La invitación de Ondina era leal, estoy seguro.

Don Gregorio Mendizábal se encogió de hombros. Miguel Ángel fue a tomar asiento ante un manipulador telegráfico y empezó a marcar puntos y rayas teniendo delante el papel que la princesa Ondina le entregara días atrás. Cuando lo hubo transmitido, volvió a empezar para asegurarse de su recepción íntegra por parte de los oceánides. Luego se levantó y permaneció de pie, fijos los ojos en la pantalla de radar, esperando a que ésta volviera a destellar. La espera empezó a

prolongarse.

- No hay respuesta -masculló el almirante Mendizábal-. Lo más prudente sería alejarnos de aquí, antes de que nos inmovilicen con uno de esos rayos azules.

- Esperemos un poco más -dijo Miguel Ángel-. Mi mensaje tiene que llegar a manos de la princesa Ondina antes de que obtengamos respuesta. Prepara papel y lápiz, José Luis. Seguramente nos contestarán en lengua nahumita.

El joven rubio y ancho de espaldas que respondía por el nombre de José Luis Balmer, apercibió papel y lápiz.

- ¡Atención! -avisó el almirante Herrera-. ¡La pantalla se ilumina de nuevo!

Así era. La pantalla negra se iluminó, volvió a apagarse, permaneciendo así breves segundos y luego empezó a iluminarse con rápidos e intermitentes destellos que formaban las cifras de un mensaje. José Luis empezó a tomar notas. Cuando la pantalla se apagó definitivamente, Miguel Ángel corrió a un armario, extrajo de él un libro de cifras nahumita y tomó el papel que le alargaba su amigo.

- ¡Aquí está el mensaje completo! -dijo Miguel Ángel después de unos minutos de trabajo. Y a continuación leyó-: Bienvenido a nuestra ciudad. Este es un día dichoso para Ondina. He dado instrucciones para que se os deje expedito el paso hasta nuestra ciudad. Uno de nuestros buques sumergibles os guiará a través de los campos de minas. Seguidle sin recelo. Ondina te espera junto a la puerta de entrada de Ciudad de Coral.

Apenas acababa Miguel Ángel de dar lectura al mensaje cuando el serviola electrónico gritó por uno de los altavoces:

- ¡Atención! ¡Serviola a comandante! ¡Un objeto se aproxima por la demora cero, uno, dos! ¡Velocidad, sesenta nudos… distancia quince mil metros!

- Ese es sin duda el sumergible que nos ha de guiar a través de los campos de minas -dijo Miguel Ángel.

El almirante Herrera se acercó a uno de los micrófonos y ordenó al operador del «sonar» que conectara su pantalla con una de las de la cámara de derrota. La conexión se efectuó instantáneamente, y los seis hombres que ocupaban la cámara pudieron ver sobre el negro cristal una mancha de luz que aumentaba progresivamente de tamaño. Mientras tanto, el ser viola electrónico continuaba dando datos acerca de la marcha del «objeto».

El objeto en cuestión fue perfilándose en la pantalla resultando ser un buque submarino. A doscientos metros de distancia, el submarino se detuvo y empezó a virar. La pantalla volvió a destellar con rapidez transmitiendo el siguiente mensaje:

- «¿Están listos para seguirnos hasta la ciudad?».

Miguel Ángel Aznar empuñó el transmisor y con testó afirmativamente por medio de ecos de sonar. El submarino oceánide se puso entonces en marcha.

- ¡Comandante a piloto! -ordenó el almirante Herrera-. ¡Siga a ese buque a una distancia de cien metros!

Mientras navegaban en pos del submarino oceánide, los tripulantes «robot» del crucero empezaron a registrar la presencia de numerosos objetos metálicos a babor y estribor. Eran los campos de minas que rodeaban la ciudad. Los dos buques pasaron a través del campo de minas.

- «Acorten la distancia a veinte metros -transmitió el sumergible guía por ecos de sonar-. Vamos a entrar en una esclusa.»

Herrera cursó la orden al piloto robot y ordenó al copiloto que encendiera los proyectores de proa. El operador de radio hizo la conexión de la pantalla de televisión. Entonces, los terrícolas pudieron ver, como si estuvieran asomados a una ventana, el brillante haz de los proyectores atravesando las aguas del Mar Tenebroso. Multitud de extraños peces de las grandes profundidades, todos ellos acorazados y dotados de luz propia, se abalanzaron sobre el crucero atraído por el resplandor de los proyectores. Los haces de luz, a través de las aguas, llegaron hasta un enorme tubo del que salía un difuso resplandor rojizo.

Era la esclusa. El crucero penetró en aquel agujero, siempre en pos del submarino oceánide, y se detuvo cuando éste lo hizo.

- Bien -dijo el almirante Mendizábal-. Ya estamos metidos en la boca del lobo. ¿Qué creen ustedes que vamos a encontrar al salir de esta esclusa?

- Una hermosa ciudad, desde luego. Los oceánide sienten adoración hacia la auténtica belleza -repuso Miguel Ángel sin dejar de mirar hacia la pantalla de televisión.

- Sí, una ciudad. Pero ¿cómo será? ¿Estará en seco, como las nuestras de Valera? ¿O más bien inundada por el agua?

- Ciudad de Coral, aunque encerrada en una hermética cúpula, está sin duda anegada. Los oceánides respiran por branquias, como los peces. El agua es su elemento natural, de la misma forma que el aire es el nuestro.

- ¿Quiere decir que tendremos que utilizar escafandras para poder salir de nuestro buque?

- Exactamente. Y eso me recuerda que todavía no nos hemos provisto de la indumentaria adecuada. Debemos estar equipados al llegar a la ciudad. Ondina es una princesa oceánide, y no podemos hacer esperar a la hija de Tritón II.

Los trajes de inmersión estaban en la misma cámara del crucero. Miguel Ángel y sus compañeros habíanlos utilizado poco antes para

pasar de uno de sus destructores al crucero Filadelfia. Cada cual se puso su traje. Consistía éste en una armadura completa de cristal entre cuyas dobles paredes se hallaban los depósitos de oxígeno comprimido, y de escafandras de probada robustez que se ajustaban al.escote de las armaduras cerrando herméticamente y aislando a su ocupante del ambiente exterior.

El crucero sideral abandonó la esclusa antes de que los terrícolas estuvieran completamente equipados. Al irrumpir en Ciudad de Coral, la pantalla de televisión se iluminó de pronto permitiendo ver un espectáculo sorprendente. Recién salidos del tubo, el crucero desembocó en una gran explanada brillantemente iluminada con una luz amarilla que parecía la del auténtico sol. Aquella explanada estaba cerrada en tres dé sus lados por densas formaciones de buques sumergibles pintados de rojo y verde. Por encima de las filas de buques se veían los esbeltos edificios de una prodigiosa ciudad. Los edificios no eran muy altos, pero su arquitectura correspondía a un estilo jamás visto en la Tierra.

Con todo, lo más sorprendente del espectáculo que contemplaban los ojos terrícolas era que, tanto el espacio por encima de la explanada como los elegantes edificios que se vislumbraban más lejos… ¡estaban invadidos por las aguas!

La espléndida iluminación de Ciudad de Coral no bastaba para destruir el extraño encanto de aquella ciudad sumergida. La estupenda panorámica de la capital se veía a través de las transparencias verdosas de la gran masa de líquido que lo invadía todo.

El hombre nacido en la Tierra, en íntimo contacto con la luz y el calor del Sol, rodeado de aire por todas partes, creía encontrarse en una ciudad que, construida al aire libre, hubiera venido a parar a los abismos del océano por obra de un pavoroso cataclismo. Una ciudad hundida debiera ser lógicamente una ciudad muerta. Pero no era así Ciudad de Coral. Lo primero que advirtieron los terrícolas fue una gran multitud de hombres que estaban impecablemente formados en mitad de la explanada. Eran soldados de Tritón II, es decir, oceánides.

- ¡Sorprendente! ¡Maravilloso! -exclamaron a dúo el almirante Herrera y el contralmirante Blasón.

- ¿Son ésos los oceánides, señor Aznar?

- Si-dijo Miguel Ángel-. Ésos son mis amigos los oceánides.

Los almirantes guardaron silencio mientras se adosaban su equipo de inmersión, sin dejar de mirar hacia la pantalla. El crucero acababa de detenerse detrás de! submarino rojo y verde de los oceánides.

Los oceánides no se diferenciaban apenas de los hijos del planeta Tierra. Física y orgánicamente, los terrícolas y los habitantes de las aguas eran producto de una misma naturaleza.

En sus orígenes, los oceánides vivían sobre un planeta de

características parecidas a las de la Tierra, se movían sobre un suelo firme y respiraban aire por sus pulmones. Un destino adverso, materializado en la avasalladora raza nahumita, obligó a cierto número de estos seres a huir de su planeta nativo en busca de donde poder vivir lejos del invasor de su patria.

El mundo donde los oceánides fueron a parar era éste en el que se encontraban ahora. Aquel planeta carecía de continentes, y aún sus islas eran pequeñas, raras e inhabitables, sobresaliendo apenas de un solo e inmenso océano que lo cubría todo. Su atmósfera era a la vez demasiado sutil y pobre en oxígeno para los oceánides, oriundos de un mundo dotado de atmósfera más densa.

Los exilados tuvieron que decidir entre la alternativa de acogerse a este inhóspito planeta o morir, ya que todos los restantes planetas de aquella galaxia estaban dominados por los nahumitas. Pobres en recursos materiales y ricos en resoluciones prontas, los oceánides tomaron la heroica determinación de refugiarse en este desolado mundo adaptándose de una forma total e inteligente al único elemento que les ofrecía posibilidades de supervivencia; es decir, el mar.

Una hábil intervención quirúrgica adaptó sus pulmones a la respiración branquial, y de esta forma, los hijos de un planeta rico en continentes y oxígeno, se transformaron en una nación de resignados y melancólicos hombres-rana. La Naturaleza, con sus inagotables recursos, acudió en ayuda de aquellos desgraciados, adaptando a los nuevos hombres-peces al ambiente en que se desarrollaba su existencia. La piel de los oceánides se cubrió de escamas. Su laringe se acostumbró y pudo articular palabras, que el oído llegó a percibir. Las manos y los pies de los oceánides se ensancharon y aplanaron tendiendo a transformarse en miembros palmeados como los de los anfibios…

En el transcurso de largas generaciones, los oceánides habían evolucionado notablemente llegando a encontrarse en su nuevo ambiente como «pez en el agua».

Los almirantes Herrera, Cicerón y Mendizábal y el contralmirante Blasón conocían los antecedentes de estas infortunadas criaturas. Sin embargo, no pudieron por menos de prorrumpir en exclamaciones de asombro y admiración a la vista de la prodigiosa ciudad submarina.

Un pequeño buque sumergible se acercó al crucero sideral mientras Miguel Ángel y sus compañeros acababan de adosarse el equipo de inmersión. La nave era de formas aerodinámicas y avanzaba impulsada por dos poderosas hélices. Al llegar cerca del crucero el sumergible se detuvo. Una puerta se abrió y salieron nadando en graciosos movimientos, cuatro oceánides que se dirigieron hacia el crucero de combate de la Armada Sideral Valerana.

En este momento, después de sujetar a sus zapatos de vidrio unas

delgadas suelas de «dedona», los terrícolas abandonaron la cámara de derrota para entrar en una esclusa de emergencia. Esta esclusa servía tanto para abandonar el buque en el vacío interestelar como en inmersión submarina. En el primer caso, en la cabina se practicaba el vacío antes de abrir la puerta exterior. En el segundo se llenaba de agua.

Cuando la esclusa estuvo completamente anegada, el almirante Herrera apretó un botón y la puerta se abrió automáticamente. El grupo abandonó la cámara, y por el peso de las suelas de «dedona» de sus zapatos fueron arrastrados hasta el suelo.

La princesa Ondina se adelantó seguida de su reducido séquito. La joven vestía un maillot dorado que ceñía las armónicas redondeces de su esbelto cuerpo. Una amplia capa de color verde y forros azules le colgaba de los hombros. La capa, evidentemente, no podía servir de abrigo a la muchacha, pero en la mayoría de sus actos y usos, los oceánides conservaban la tradición de los tiempos en que vivían fuera del agua. El rostro de la princesa, al igual que el de sus acompañantes, estaba teñido de ocre. Con el fin de preservar la piel de sus rostros de la acción corrosiva del agua y evitar a la vez que la sabia Naturaleza se los cubriera de escamas, los oceánides se embadurnaban la cara y el cuello con una espesa capa de grasa color amarillo o verde.

La princesa Ondina nadó ágilmente hacia los terrícolas seguida del ondular de su capa y se posó graciosamente en el suelo. En este momento, Miguel Ángel y sus compañeros pudieron oír, gracias a los tornavoces incrustados en las paredes laterales de sus escafandras los acordes de una alegre y vibrante marcha.

- Bienvenido a Ciudad de Coral, Príncipe de la Tierra, y todos tus compañeros -dijo la princesa poniendo su mano sobre el hombro acorazado de Miguel Ángel.

- Gracias, Ondina -repuso el joven terrestre hablando desde el interior de su sólida escafandra. Y un altavoz vertió sus palabras al exterior-. Ya ves cómo hemos hecho uso de tu amable invitación, sin duda más pronto de lo que esperabas.

- Cierto es, Príncipe de la Tierra -dijo Ondina son riendo-. En verdad que había perdido las esperanzas de volverte a ver.

La faz de Miguel Ángel ensombrecióse al recordar las circunstancias en que se despidió de la princesa oceánide dos semanas atrás. Ondina, José Luis Balmer, Miguel Ángel Aznar y la hermana de éste acababan de escapar milagrosamente de Arba, la ciudad submarina de los Ibajay. Poco antes de la emocionante fuga, Miguel Ángel había perdido a su novia: Ángela Balmer, y su corazón estaba lleno de amar gura cuando rehusó la invitación de la princesa Ondina y se separaron. Ondina pareció adivinar los lúgubres pensamientos de Miguel Ángel.

- Bien -dijo-. Olvidemos el pasado. Estás entre amigos y al fin se me ofrece la oportunidad de demostrarte mi gratitud.

- Nada tienes que agradecerme, Ondina. Por el contrario. Somos mi hermana, José Luis y yo quienes te debemos nuestras vidas. Gracias a ti pudimos aban donar la ciudad submarina antes de que ésta se hundiera completamente.

- No hubiera podido hacerlo si tu no hubieras sal vado antes mi vida en el circo de Arba.

- Bien -murmuró Miguel Ángel embarazado-. Aquello pasó. Procuremos olvidarlo, como tú dices. Y ahora, permíteme presentarte a mis compañeros.

CAPITULO II

HUESPEDES DE HONOR

Por orden de categoría, Miguel Ángel presentó al almirante Octavio Herrera, al almirante Alejandro Cicerón, al almirante Gregorio Mendizábal y al contralmirante Luis Blasón. Ondina conocía ya a José Luis Balmer y le sonrió al estrechar su mano.

A su vez, Ondina presentó a los tres oceánides que la seguían. Eran éstos el «dasans» Cloris, coronel del Regimiento de la Guardia Real; el almirante Denis, comandante en jefe de la flota submarina oceánide, y el superintendente Oindes, gobernador de Ciudad de Coral. El más joven de los tres, y que sin embargo fue presentado en primer lugar, era un muchacho alto y extraordinariamente ancho de espaldas. El título de «dasans» equivalía al de duque terrestre, siendo por esta razón por lo que Ondina lo presentó antes que al almirante y al gobernador.

Hechas las presentaciones en lengua nahumita, la princesa Ondina condujo a los terrícolas hasta el sumergible del cual habíase apeado momentos antes.

Esta nave medía unos 15 metros de eslora y era de forma aplanada, pareciéndose a una zapatilla donde el hueco que serviría para introducir el pie era una espaciosa cabina acristalada. Un piloto oceánide es taba sentado ante los mandos. La disposición interior de la cabina hubiera podido pasar por la de cualquier canoa espacial de la Armada terrícola. Sólo había una diferencia. En las canoas terrícolas la cabina estaba llena de oxígeno, mientras que en ésta, el agua lo invadía todo sustituyendo al aire.

El piloto cerró la puerta oprimiendo un botón y la canoa sumergible se puso en marcha navegando a sólo un metro de altura sobre la explanada. La embarcación desfiló ante la tropa oceánide, que le rindió armas. Al llegar al final de la fila, seis lanchas sumergibles se

unieron a la nave real escoltándola en su viaje.

Él cortejo navegó sin prisas a través de la explanada y embocó una gran compuerta circular, abierta en una pared de vidrio a través de la cual se desembocaba en una amplia avenida. Los terrícolas compren dieron entonces que habían estado contemplando la ciudad a través de una pared de cristal.

- ¡Sorprendente! -exclamó el contralmirante Blasón en lengua nahumita-. Ciudad de Coral no está por lo visto encerrada en una sola y gigantesca cúpula, sino en varias que se comunican entre sí por puertas estancas.

- Así es, señor -repuso el almirante oceánide Denis-. Y esto no es sólo por razones de seguridad, sino que está inspirado en la necesidad de evitar los gran des techos, los cuales harían que la presión de las bajas capas del agua fueran peligrosas e inhabitables para nosotros. Ciudad de Coral, en efecto, está construida dentro de una serie de celdas hexagonales con techos abovedados que forman un todo sólido y uniforme. Si una de estas grandes celdas se abriera, las puertas estancas se cerrarían inmediatamente aislando a la parte averiada de las demás.

- ¿Y qué importancia puede tener para una ciudad anegada que se rompa la cubierta de una de las celdas? -interrogó José Luis Balmer.

El almirante oceánide sonrió.

- La razón es muy sencilla, señor -repuso-. En primer lugar, Ciudad de Coral está enclavada sobre un lecho de roca a más de tres mil metros de profundidad en el seno del océano. Una grieta cualquiera abierta en una de las bóvedas haría que la presión aumentara instantáneamente en el resto de la ciudad matando a todos sus habitantes.

La lógica de esta respuesta era tal, y tan sencilla, que el joven terrícola enrojeció tras el cristal de su escafandra. Mientras tanto, las canoas submarinas atravesaban la sólida pared estanca por la abertura de la puerta y navegaban por en medio de una avenida de características completamente diferentes a las de cualquier calle de una ciudad terrestre.

La avenida no estaba pavimentada. Su fondo era un lecho de blanca gravilla y nacaradas conchas. Distribuidos regularmente se veían parterres circulares en los cuales crecía toda una lujuriante vegetación subacuática. Aquella calle, evidentemente, no fue construida para que transitaran por su superficie vehículos rodados. Todo el tráfico de la ciudad estaba constituido por lanchas sumergibles de características pareadas a las de la canoa real y se realizaba a varios niveles. No era probable que se produjeran atascamientos de tráfico en Ciudad de Coral. Aquí, los vehículos no rodaban sobre una sola y única superficie, sino que navegaban a todo lo largo, lo ancho y «lo alto» de

las vías urbanas.

Los edificios, aunque distintos entre sí por su arquitectura, tenían sus pisos a igual nivel. Unas aceras voladizas salían de los pisos a modo de viseras. En Ciudad de Coral debía de desconocerse también el uso de los ascensores. Moviéndose en el líquido elemento se veían subir y bajar, nadando de un lado a otro, gran número de oceánides que entraban y salían de las casas.

Los terrícolas olvidaban a cada paso que aquellas gentes estaban en su elemento de adopción y maravillábanse de la destreza y agilidad con que los hombres-rana se movían entre las limpias aguas.

- Naturalmente -dijo Miguel Ángel a Ondina, que iba sentada a su lado, entre él y el duque-. El líquido que llena vuestra ciudad tendrá una temperatura más elevada que la del exterior.

- Desde luego. Las aguas del Mar Tenebroso son muy frías. Tenemos un sistema de calefacción para atemperar el agua de nuestra ciudad.

- Vuestra ciudad es muy hermosa y, sobre todo, muy original. Pero la existencia aquí debe de estar rodeada de dificultades e incomodidades. ¿No es cierto?

- Tropezamos con muchas dificultades en los principios de nuestro adaptamiento -repuso la princesa-

Sin embargo, hemos resuelto la mayor parte de nuestros problemas y estamos en camino de solucionar otros muchos.

La canoa, atravesando compartimentos estancos, continuó navegando a lo largo de las hermosas avenidas y desembocó en una enorme plaza de forma circular. A un extremo de esta plaza levantábase un suntuoso palacio de altos y esbeltos minaretes.

- Esa es nuestra residencia -indicó la princesa Ondina señalándolo-. Vuestra inesperada llegada nos ha pillado desprevenidos, pero confío en que pronto podremos arreglaros habitaciones donde podáis respirar oxígeno, libres de estas molestas escafandras.

- No os toméis demasiadas molestias por nuestra causa -dijo Miguel Ángel-. Nuestra estancia en Ciudad de Coral tiene que ser corta por necesidad. La verdad es que no hemos venido en viaje de recreo, sino para tratar con vosotros de un asunto que nos concierne e interesa por igual al pueblo oceánide y al terrícola.

Ondina hizo una mueca de contrariedad.

- ¿Quieres decir qué vais a marcharos en seguida? -preguntó desolada.

- Enseguida que hayamos conferenciado con tu padre.

- ¡Ah! -exclamó Ondina. Y en su voz había mar cada desilusión y amargura-. Ya me sorprendía que hubieras accedido a visitarme tan pronto, después de nuestra despedida.

El «dasans» oceánide lanzó una extraña mirada sobre la princesa. Luego, los ojos dorados del duque se volvieron hacia Miguel Ángel

para atravesar a éste de parte a parte en una larga y hostil mirada. El joven terrícola intuyó que en aquel mismo instante acababa de crearse un inesperado y peligroso enemigo. La enemistad del duque oceánide sólo podía deberse a un hecho: Cloris estaba enamorado de Ondina y había adivinado en el terrícola a un contrincante. En realidad, Miguel Ángel no tenía la menor intención de disputar al duque el objeto de su pasión. Sin embargo, y Miguel Ángel Aznar lo había adivinado en la expresión de los dulces ojos de Ondina, la muchacha estaba enamorada de él.

La taladrante mirada de Cloris preocupó a Miguel Ángel el tiempo que la canoa sumergible invirtió en cruzar la amplia plaza y elevarse para tomar tierra sobre la azotea del palacio real. Desde su asiento, el piloto de la canoa abrió automáticamente la portezuela. Los terrícolas desembarcaron viéndose en una terraza de superficie plana y embaldosada que había sido convertida en un artístico jardín acuático. Múltiples representantes de la flota submarina crecían en los parterres geométricos ofreciendo un aspecto singular. Aquí y allá se deslizaban como centellas pequeños pececillos de diversas formas y colores.

- ¡Original! -exclamó José Luis Balmer-. Los oceánides no tienen moscas en su ciudad, pero tienen en cambio pececillos de colores en sustitución de nuestros insectos.

La princesa Ondina, que aparecía súbitamente entristecida, guió a sus huéspedes hasta el hueco de una escalera que descendía hasta el ático del palacio. Lógicamente, las habitaciones altas, del edificio debían ser las más cómodas en razón de la menor presión de las aguas. Miguel Ángel no se extrañó, pues, al comprobar que la familia real habitaba en los pisos superiores de su palacio, que en un edificio situado sobre la superficie del planeta debiera ser la parte más incómoda a causa de la elevación y la necesidad de utilizar continuamente escaleras y ascensores.

En su distribución y ornamento, los corredores y las habitaciones que atravesaban los terrícolas se diferenciaban bien poco de aquellas que estaban acostumbrados a habitar. La fantasía de los visitantes no podía imaginar cómo sería la cultura de un pueblo originario del abismo oceánico. Los oceánides no eran al fin y al cabo otra cosa que seres normales transportados por la adversidad a un elemento que no era el suyo. En sus casas, en sus pueblos y en su arte, los oceánides conservaban los gustos y la tradición de la época en que vivían rodeados de una atmósfera gaseosa.

Un mayordomo salió al encuentro del grupo y saludó a la princesa Ondina cambiando con ésta algunas palabras en su idioma nativo. La joven volvióse hacia Miguel Ángel.

- Vuestros aposentos ya están preparados -anunció. Y haciendo una seña añadió:

- Tened la bondad de seguirme.

Los seis terrícolas siguieron a Ondina a lo largo de un corredor y entraron en una habitación de tres metros por lado. La habitación carecía en absoluto de muebles y tenía una segunda puerta enfrontando a la del pasillo. La solidez de las puertas, así como las características de la habitación, anunciaron a los terrícolas -aún antes de que Ondina lo dijera- que se encontraban en una cámara neumática.

El mayordomo volvió inmediatamente trayendo consigo tres yelmos de cristal que tomaron Ondina, el duque y el almirante oceánide ajustándoselos entre los hombros. A continuación, Ondina apretó un botón situado en el marco de la puerta. Esta se cerró y en seguida se escuchó el silbido del aire comprimido al entrar en la habitación y expulsar el agua.

La coloración de la luz de la cámara cambió de blanco a rojo, y permaneció así mientras el agua descendía rápidamente a lo largo de los cuerpos de los terrícolas y oceánides. Cuando sólo quedaba un charquito de agua en el suelo, la luz cambió de rojo a verde. La segunda puerta se abrió automáticamente, permitiendo ver una espaciosa y confortable habitación.

- Estos serán vuestros aposentos mientras permanezcáis en Ciudad de Coral -anunció Ondina entrando en la estancia seguida de sus huéspedes.

De una sala recibimiento amueblada con divanes y sillones de materias plásticas, los terrestres pasaron a un corredor sobre el que se abrían media docena de habitaciones a derecha e izquierda. Las puertas de estos departamentos estaban abiertas dejando ver sus cómodos interiores. Al final del pasillo se veía un espacioso comedor con un gran ventanal de forma circular que daba al exterior. Al llegar a esta pieza, Ondina volvióse hacia sus huéspedes.

- Podéis desprenderos de vuestras escafandras si queréis -les dijo. Los terrícolas se despojaron inmediatamente de sus escafandras. Al hacerlo, una atmósfera extraordinariamente caliente les acarició los rostros.

- ¡Uf, vaya calor! -exclamó José Luis Balmer.

- Este apartamento estaba inundado hace sólo unos minutos -explicó Ondina-. En cuanto se haya secado podréis regular a vuestra voluntad la temperatura.

En este momento, la situación de los oceánides y los terrícolas habíase trocado. Los terrestres, libres de sus escafandras de cristal, podían respirar a sus anchas en una atmósfera rica en oxígeno. Ondina, Denis y Cloris, aunque rodeados de aire tenían sus cabezas metidas en los yelmos de cristal llenos de agua. Sus voces llegaban hasta los terrícolas a través de unos tornavoces situados en la parte

inferior de sus yelmos. En este momento escuchóse el chasquido de la puerta de la entrada al cerrarse. Los terrícolas volviéronse instintivamente.

- No temáis -dijo el duque oceánide con cierta ironía-. Es Tritón II que se dispone a entrar.

En efecto, escuchábase el gorgoteo del agua en la esclusa neumática. Unos instantes después, la puerta del recibidor se abría dejando paso a un alto y fornido oceánide que avanzó con la característica torpeza de los hombres-rana cuando se movían fuera de su líquido elemento. El hombre llevaba la cabeza metida en un yelmo de cristal y vestía unas ceñidas mallas doradas. Una capa roja le pendía de los hombros, sujeta por un broche cuajado de pedrería.

A través del cristal del yelmo, los terrícolas pudieron ver un rostro donde la capa de grasa amarilla formaba algunas arrugas. Los ojos verdes de Tritón II se clavaron escrutadores en los terrícolas.

La princesa Ondina salió al encuentro de su padre, le asió de una mano y le condujo hasta el grupo que formaban los terrícolas, a quienes presentó. Tritón II clavó sus penetrantes pupilas en la esbelta figura de Miguel Ángel Aznar.

- Ondina me ha hablado mucho de ti, Príncipe de la Tierra-aseguró-. Permite que mis primeras palabras sean para agradecerte lo que hiciste por mi querida hija.

- ¡Por Dios, Tritón! -protestó Miguel Ángel enrojeciendo-. Ya hemos discutido sobre eso Ondina y yo, llegando a la conclusión de que estamos en paz. Si yo hice algo por ella en el circo de Arba, ella, en cambio, nos salvó a mí y a todos mis compañeros sacándonos de la ciudad.

- Nada estimo tanto en un hombre como la modestia -repuso el rey oceánide lanzando una rápida mi rada sobre Cloris, el duque oceánide-. En fin. Seáis bien venidos a Ciudad de Coral. Espero que tanto tú corno tus amigos me honréis siendo mis huéspedes por mucho tiempo.

- Lamento tener que defraudarte, Tritón. Nuestra visita de hoy no es de pura cortesía. Graves responsabilidades pesan sobre nosotros y nos dejan escaso tiempo para dedicarlo a diversiones. Supongo que Ondina te habrá dicho algo sobre las circunstancias que nos han traído aquí.

- Sí, algo me dijo Ondina. Pero me gustaría oír la historia de vuestros labios. Realmente, la aventura de tu pueblo es sorprendente y dolorosa. ¿Es cierto que vuestra nación es por lo menos tan poderosa como la nahumita?

- Del poderío de nuestra nación puedes formarte una idea si te digo que hemos viajado durante centenares de años y llegado hasta esta galaxia tripulando un planeta que tiene la propiedad de poder

trasladarse de un lado a otro a velocidades algo inferiores a la de la luz. Nuestro planeta, autoplaneta le llamamos nosotros, está hecho enteramente de ese mineral llamado «dedona». Nuestro autoplaneta está hueco. En este hueco nuestros antepasados colocaron un sol artificial, una atmósfera rica en oxígeno y bosques, ríos, lagos y grandes ciudades en las cuales habitan más de ochenta millones de terrícolas. La dotación corriente de nuestro mundo automóvil se eleva a tres millones de buques siderales de combate. Nuestro comandante en jefe, que era tatarabuelo mío, no sólo podía poner en el espacio en el breve intervalo de unas horas a estos tres millones de poderosos buques de guerra, sino desembarcar sobre cualquier planeta un ejército robot controlado desde lejos. Las defensas exteriores del autoplaneta eran a su vez tan pode rosas que hubieran podido rechazar a toda la Flota Sideral nahumita… Si ésta nos hubiera atacado por los sistemas convencionales. Lo ocurrido fue otra cosa bien distinta, por desgracia.

- Sí, lo sé -dijo Tritón II moviendo su cabeza encerrada en el yelmo-. Los nahumitas utilizaron contra vuestro autoplaneta su Rayo Azul.

- Eso fue exactamente lo ocurrido -afirmó Miguel Ángel-. El Rayo Azul nahumita nos sorprendió cuando estábamos inmóviles en mitad del espacio examinando con los telescopios los planetas de esta galaxia. Al caer sobre nosotros el Rayo Azul perdimos instantáneamente toda nuestra energía eléctrica. El efecto puedes imaginártelo. Se apagó nuestro sol artificial. Dejaron de funcionar todos los sistemas de comunicación y transporte… ¡hasta las linternas dejaron de dar luz!

- Conocemos muy bien los efectos del Rayo Azul -aseguró Tritón-. Me sorprende que una máquina interplanetaria del tamaño de la vuestra no llevara defensas contra el Rayo Azul.

- ¡Cómo íbamos a llevarlas si ignorábamos la existencia de esa diabólica arma! Aún ahora sabemos muy poco acerca del Rayo Azul. En aquel momento sabíamos todavía menos y sus efectos nos dejaron aplastados por la sorpresa. Los nahumitas llegaron con sus naves y pudieron aterrizar sobre la costra de Valera sin que nuestras defensas pudieran disparar contra ellos un solo torpedo. Nos conminaron a la rendición…

- Y vosotros fuisteis tan locos que os rendisteis -murmuró Tritón moviendo pesimistamente su yelmo lleno de agua.

- ¿Qué otra cosa podíamos hacer? -exclamó Miguel Ángel-. Esperábamos recibir de los nahumitas un trato humanitario. Ignorábamos que poco después los brutales nahumitas se desharían de nuestros niños y ancianos haciéndolos desaparecer en nuestros gigantescos hornos de fundición y, además, teníamos un plan para destruir nuestro autoplaneta y evitar que los nahumitas pudieran

utilizarlo en el futuro contra nuestros planetas. Desgraciadamente, el plan fracasó y sólo por verdadero milagro pudimos escapar unos pocos tomando un crucero sideral. Durante la fuga conseguimos apoderarnos de ocho mil buques que en la actualidad tenemos escondidos en el océano de este planeta. Nuestra situación es francamente desesperada…

- Si en algo podemos ayudaros, contad con ello -se ofreció el rey de los oceánides.

Miguel Ángel Aznar miró uno por uno a sus compañeros. Luego volvióse hacia el soberano:

- Sí, en algo podéis ayudarnos. Hemos concebido un nuevo plan para intentar el rescate de nuestro autoplaneta. Queremos que nos facilitéis informes acerca de ese planeta desde el cual dispararon los nahumitas el Rayo Azul. Nuestro propósito es lanzar un golpe de mano contra ese planeta y apoderarnos, si es posible, de su Rayo Azul.

- ¿Para qué correr ese riesgo? Difícilmente podríais apoderaros de ese planeta. Si lo que necesitáis para recuperar vuestro autoplaneta es un Rayo Azul… nosotros podemos prestároslo.

- ¿Cómo?

- Los oceánides tienen un aparato emisor de rayos azules y lo que es de los oceánides es también de sus hermanos los terrícolas.

CAPITULO III

POSIBLES ALIAS

Miguel Ángel Aznar dio un respingo de sorpresa. Los almirantes Herrera, Cicerón, Mendizábal y el contralmirante Blasón abrieron sus bocas con asombro. José Luis Balmer dejó oír una de sus sonoras y secas maldiciones.

Miguel Ángel clavó ansiosamente sus ojos en los del soberano oceánide.

- ¿Dices que tenéis un aparato de lanzar rayos azules? -interrogó temblando de excitación-. ¿Un Rayo Azul como el de los nahumitas, capaz de surcar el espacio y alcanzar a nuestro autoplaneta?

- Sí. Creo que nuestro aparato emisor de rayos azules podría hacer eso.

- ¿Y vosotros…es decir, tú…nos prestarías esa máquina para que nosotros pudiéramos desarrollar nuestro plan?

- Desde luego. Pero me gustaría conocer vuestros planes. ¿Qué esperáis conseguir con esa máquina?

- Nuestro propósito, sencillamente, es paralizar al autoplaneta como los nahumitas lo inmovilizaron cuando era nuestro.

- Bien. Supongamos que le arrebatéis toda la energía eléctrica a

vuestro mundo. ¿Y luego?

- Si pudiéramos arrebatarle la energía eléctrica a Valera, nuestra escuadra sideral se acercaría a él y rompería algunas de sus compuertas con explosivos atómicos. La atmósfera contenida en el interior del autoplaneta escaparía por esos agujeros. Todos los nahumitas que se encontraran en el interior morirían por asfixia y frío. También morirían nuestras plantas. Los lagos y los ríos quedarían congelados. Sin embargo, las máquinas de Valera seguirían funcionando al retirarse el Rayo Azul. Los motores atómicos del orbimotor volverían a ponerse en marcha y si los nahumitas nos dieran tiempo imprimiríamos a Valera el impulso necesario para sustraerse de la fuerza de atracción del Sol y alejarse de esta galaxia saliendo del alcance de los rayos azules del enemigo.

- ¿Y qué ibais a hacer vosotros en un mundo sin aire y sin vida? -interrogó Tritón.

- A bordo de Valera se encuentran todavía las máquinas que mis antepasados utilizaron para fabricar una atmósfera artificial. Cuando el profesor Valera descubrió ese planeta, en su interior hueco no existía vida ni aire. Fueron nuestros sabios quienes dotaron al autoplaneta de su atmósfera, su sol, su agua y sus plantas. No sería demasiado difícil volver a reparar las compuertas y fabricar oxígeno hasta que Valera recuperara su perdida atmósfera.

- ¿Y entonces: os alejaríais de esta galaxia para regresar a vuestra patria y no volver jamás? -interrogó la princesa Ondina mirando asustada a Miguel Ángel.

- No -repuso el joven mirando a la princesa-. Aún si recuperáramos a nuestro orbimotor no nos marcharíamos de aquí sin liberar antes a los muchos millones de nuestros hermanos que los nahumitas tienen cautivos en sus planetas. A bordo de los ocho mil buques de combate que mis amigos y yo pudimos rescatar se halla medio millón de hombres y mujeres terrícolas, entre los cuales se cuentan muchos altos jefes del Ejército y la Armada terrícola, así como numerosos sabios y profesores de todas las ramas de la ciencia. Nuestros sabios estudiarían las propiedades del Rayo Azul y seguramente acabarían por encontrar la forma de inmunizar a nuestros buques contra él, de la misma forma que los inmunizan los nahumitas. En Valera, y mientras nuestros buques permanecían inmóviles, los aparatos nahumitas podían operar envueltos en un halo azul-verdoso que parecía ser a modo de una coraza protectora contra los efectos de su propio Rayo Azul. Nosotros confiamos en descubrir el secreto de los nahumitas y proteger a nuestro autoplaneta con un halo semejante al utilizado por los buques enemigos.

- A menos -dijo el almirante Herrera- que vosotros conozcáis la forma de proteger nuestros buques y autoplanetas y seáis tan amables

de descubrírnosla, en cuyo caso nos ahorraríais infinidad de tiempo y de trabajo.

Tritón II sonrió.

- Sí -dijo-. Podemos ahorraros ese trabajo. Nosotros conocemos la forma de protegerse contra el Rayo Azul y no habrá seguramente dificultad en que vosotros la conozcáis también… si somos aliados.

Miguel Ángel hizo una mueca que Tritón II interpretó equivocadamente.

- Lamento tener que imponer esta condición después de mi ofrecimiento -prosiguió diciendo-. Pero una alianza entre el pueblo terrícola y el oceánide es indispensable. Tened en cuenta que después de utilizar el Rayo Azul, los nahumitas vendrían sobre este planeta reduciéndolo a pedazos. El Rayo Azul nos delatará con toda evidencia. Sea cual fuere el resultado de vuestro plan, los nahumitas se vengarán de nosotros atacando nuestras ciudades. Aunque mi de seo es ayudaros, yo no puedo exponer a mi pueblo…

- ¡No sigas, Tritón! -dijo Miguel Ángel interrumpiendo al rey de los oceánides-. Comprendemos perfectamente tus temores. Y ahora soy yo quien lamenta no haberte ofrecido antes una alianza. La verdad es que veníamos animados del propósito de invitaros a participar en la lucha contra nuestro enemigo común. Una proposición idéntica se la hice yo a la reina de los ibajay… pero la reina no me escuchó. Ahora te hago la proposición a ti. ¿Queréis firmar un pacto con la nación terrícola?

- Mira bien lo que haces. Tritón -dijo en este momento el duque oceánide-. Aunque soberano, tu autoridad no es absoluta en lo tocante a tomar decisiones de tanta gravedad. No puedes lanzar a tu pueblo a esta aventura sin obtener primero el consentimiento del Consejo de Ministros.

- Sé perfectamente hasta donde alcanza mi autoridad, Cloris -atajó Tritón ásperamente-. El pacto con la nación terrícola será expuesto debidamente ante el Consejo. Pero ello no es óbice para que yo, personalmente y desde este mismo instante, me muestre francamente partidario de unir nuestro destino al de los terrícolas. Estos son hoy día la única potencia militar capaz de enfrentarse ante la nahumita con alguna probabilidad de éxito.

- ¡Bah! -dijo despectivamente Cloris-. El plan de estos extranjeros es demasiado absurdo para obtener ningún éxito. Aun suponiendo que lograran reconquistar su autoplaneta, lo que es dudoso, ¿qué podrían hacer frente a los nahumitas si, como he oído decir, los nahumitas se han llevado a esos tres millones de buques de combate terrícolas? Los extranjeros, aunque reconquisten su vehículo interplanetario, se encontrarán sin fuerzas de ataque frente a la pode rosa Escuadra Imperial de Nahum, reforzada ahora con los tres millones de buques cautivos.

- Permíteme decirte que te equivocas, Cloris -dijo Miguel Ángel sosteniendo la furibunda mirada del duque oceánide-. Aunque los nahumitas se hayan llevado todos nuestros buques, no estaremos sin fuerzas de ataque por mucho tiempo. Creo haber dicho que Valera está enteramente constituido de «dedona». Tenemos, pues, a mano la materia prima para construir una nueva armada capaz de enfrentarse victoriosamente a la que posean los nahumitas, incluidos nuestros tres millones de naves perdidas. De Valera se sacó la materia prima para construir las máquinas de guerra de nuestra nación. Y en Valera se encuentran también todavía los hornos de fundición, los talleres y las máquinas que utilizamos para fabricar nuestros aparatos. Si nos apoderamos de Valera y nos alejamos con él lo suficiente para salir del radio de acción de la Imperial Flota de Nahum, con algún tiempo trabajando y con tesón podemos volver a rehacer nuestro ejército. El autoplaneta Valera no será solamente la gigantesca fábrica de donde salga la futura Armada Sideral Aliada, Valera puede y debe ser también el puerto de refugio para los millones de hombres que, ansiosos de libertad, habitan en estos planetas bajo el férreo dominio de los nahumitas. Valera, girando alrededor de Nahum a una velocidad que ningún Rayo Azul salido de estos planetas pueda alcanzarle, será el enemigo en potencia que arrebate el sueño a los opresores nahumitas, a la vez que una luz de esperanza para los pueblos que viven bajo el terror y la opresión.

Tritón II aprobó con enérgicos movimientos de cabeza las palabras del que él consideraba Príncipe de la Tierra. Las verdes pupilas del rey oceánide centelleaban.

- Todo eso es muy bello, sin duda alguna -farfulló el duque oceánide-. Mas, ¿quién nos asegura que cumpliréis vuestra palabra y no escaparéis de esta galaxia apenas os veáis dueños de vuestro vehículo interplanetario?

- ¡Cloris! -gritó Tritón encolerizado-. ¿Cómo te atreves a dudar de la palabra de un Príncipe de la Tierra?

- Si su palabra es como la de los nahumitas vale menos que un sorbo de agua repuso Cloris despectivamente.

- La envidia y el recelo hablan por tu boca, como siempre -espetó Tritón enfurecido-. No mereces ser oceánide, sino nahumita. A veces me pregunto si será verdad que corre por tus venas sangre de noble. Y me pregunto cuál será la suerte de mi pueblo el día que te cases con Ondina y empuñes mi cetro.

Las últimas palabras del rey oceánide descubrieron ante los ojos de Miguel Ángel el secreto motivo de rencor que animaba al «dasans». Este, según se des prendía de lo dicho por Tritón, era el prometido de Ondina y el futuro heredero de la corona oceánide. Cloris, sin duda alguna, sabía o había adivinado el amor que su prometida profesaba al

Príncipe de la Tierra. Miguel Ángel Aznar comprendía las razones del duque oceánide, pero no estaba dispuesto en modo alguno a que la influencia del «dasans» echara por tierra sus bien calculados planes, precisamente ahora, cuando los veía bien encauzados hacia el éxito. De manera que procuró ser amable y persuasivo al contestar a Cloris.

- La razón te asiste al desconfiar de la palabra de un desconocido, Cloris. Pero por la misma razón, y puesto que no me conoces, mi palabra debe valer al menos tanto como la tuya para mí, ¿no te parece?

El duque no contestó. Pareció ignorar la presencia del terrícola y volviéndose hacia Tritón dijo:

- Si el Consejo aprueba el proyecto de estos extranjeros será porque el virus de la demencia se ha apoderado de todos los cerebros oceánides.

- De todos, a excepción del tuyo -repuso Ondina seca y rápidamente-. En tu calculadora y firme cabeza no caben incógnitas inquietantes. Di qué prefieres ser rey de un reino pobre, pero seguro, a aspirante al trono de un imperio que todavía está por conquistar.

La faz del duque oceánide se contrajo violentamente. Tal vez debajo de la espesa capa de grasa que la cubría, su faz enrojeció de cólera o de vergüenza.

- El pueblo oceánide ha vivido tranquila y confortablemente hasta ahora -dijo-. Un rey debiera preguntarse si merece la pena arriesgar el bienestar de su pueblo, conseguido a costa de incalculables esfuerzos, a cambio de una esperanza de mejorar.

- Un rey debe ser hombre además de rey. Y ningún oceánide puede olvidar su procedencia-contestó Tritón-. Los oceánides no han olvidado jamás el hermoso planeta donde nacieron ni tampoco a los muchos millones de hermanos que viven allá esclavos de los nahumitas. Es muy probable que Tritón II pierda su cetro el día que todo su pueblo alcance la libertad. Sin embargo, Tritón lo daría todo a cambio de ver a su pueblo respirando aire puro y alzando los ojos hacia un cielo que se abre al infinito. Nada desean tanto los oceánides como recuperar su perdido paraíso. Sus canciones sólo cantan las delicias de su amada patria. Sus poesías sólo ensalzan las bellezas de la tierra que jamás han visto…

- Tú tienes la culpa si el pueblo oceánide vive en la melancolía y la añoranza -acusó Cloris furioso-. En vez de prohibir las canciones y las obras literarias nostálgicas has instituido premios para celebrar las más tristes y quejumbrosas.

- La nostalgia y la tristeza de mi pueblo nacen de su mismo espíritu. Todos los reyes que me antecedieron no pudieron arrancarla de allí. Sólo cuando retorne a su amado planeta será feliz y alegre el oceánide, porque aquí, aunque libres de la esclavitud nahumita,

¿acaso no vivimos también prisioneros de nuestras ciudades?

- Tal vez los oceánides no quieran cambiar esta tranquila prisión por los riesgos de una estúpida aven tura -refunfuñó Cloris.

- Tal vez -repuso Tritón-. El lo decidirá en su punto y hora por boca de los ministros. Sábelo desde hoy, Cloris. Apoyaré con todas mis fuerzas el plan de los terrícolas. Si es necesario recurriré a la opinión del pueblo pasando por encima de la voluntad de los ministros. Sé que tu influencia es grande entre estos últimos y también que tu simpatía no encuentra un solo eco en la masa del pueblo que estás llamado a gobernar. Hasta este día, los oceánides no han podido hacer otra cosa que llorar y suspirar por su pérdida patria. Pocos, débiles y pobres en recursos materia les, nunca pudimos aspirar a una reconquista de nuestro Bagoah, pero todo va a cambiar. Por primera vez en la Historia, los oceánides encuentran a un aliado poderoso que les ofrece la posibilidad de reconquistar su perdida patria. La esperanza es una bondad divina qué los oceánides nunca pudieron saborear. Estoy seguro de que ni un solo oceánide dejará de sentirse feliz por el mero hecho de poder soñar en el regreso a Bagoah.

- Si soñar es algún don estimable, lo que no creo, será el único beneficio que nos proporcione la alianza con los terrícolas -repuso Cloris-. Y aún éste no nos durará por mucho tiempo. En realidad, los extranjeros son tan débiles o más que nosotros. Todo el poderío que tenían ha pasado a manos de los nahumitas.

- Nuestro poderío bélico es como el caballo indócil que sólo conoce un dueño -contestó Miguel Ángel Aznar-. Bastará que le demos un silbido para que abandone a sus nuevos dueños y vuelva a nosotros.

- ¡Sueños y promesas! -exclamó el duque desdeñosamente-. ¡Veremos cuántos se realizan de unos y cuántas se cumplen de otras! Por mí parte me opongo a esta alianza absurda. A despecho de la escasa simpatía que sientes hacia mí, tendrás que reconocer Tritón, que soy leal al avisarte.

- El aviso era innecesario. Desde que el Príncipe de la Tierra empezó a hablar yo sabía que te opondrías a todo cuanto dijera. Más no importa. Ve a sembrar la duda y el recelo entre el Consejo. Tus intrigas se estrellarán contra la muralla de fe y esperanza del pueblo.

- Tu exceso de confianza puede costarte caro, Tritón -aseguró el «dasans» mientras abandonaba el apartamento de los terrícolas.

Los terrestres, Ondina, Tritón y Oindes permanecieron inmóviles y silenciosos hasta que la puerta se cerró tras las anchas espaldas de Cloris y se escuchó el apagado borbotear del agua que invadía la cámara. Entonces Miguel Ángel volvióse hacia el rey de los oceánides.

- ¿Es realmente tan grande la influencia de Cloris? -preguntó-. ¿Crees que conseguirá del Consejo una oposición a nuestra alianza?

- La influencia de mi sobrino es grande -farfulló Tritón mirando

hacia la puerta por la que acababa de salir el duque-. Pero no temas. Las tropas oceánides estarán peleando junto a las terrícolas cuando lancemos nuestro ataque contra vuestro autoplaneta.

- Dispongo de ocho mil destructores y cruceros siderales que podría concentrar alrededor de Ciudad de Coral a una sola orden, si tú crees a Cloris capaz de promover un golpe de estado contra ti -ofreció Miguel Ángel.

- No, no. La presencia de tus buques en las cercanías de Ciudad de Coral podría ser interpretada como una decisión mía de conseguir esta alianza aún en contra de la voluntad del pueblo… Perdonadme ahora si os dejo solos. Voy a reunir al Consejo inmediatamente, antes que mi sobrino tenga tiempo de preparar a sus adeptos para que torpedeen nuestro pacto. Ondina se quedará aquí con vosotros. Con vendría que te prepararas. Príncipe, por si es necesaria tú presencia ante el Consejo para exponer de viva voz tu plan de ataque.

- Estaré preparado -prometió Miguel Ángel.

Tritón II asintió moviendo su yelmo. Hizo seña al gobernador de Ciudad de Coral para que le siguiera y abandonó la estancia.

La faz de la joven princesa reflejaba honda preocupación cuando Miguel Ángel se volvió para mirarla.

- ¿Qué ocurre? -preguntó el terrícola-. ¿Es tan peligroso Cloris como parece?

- Sí. Dentro de poco, cuando se case conmigo, Cloris tomará posesión del trono que ahora ocupa mi padre. Los ministros, naturalmente, no querrán crearse la enemistad del futuro rey en vísperas de la coronación de éste. Tritón, en cambio, es un rey que se va. Encontrará muy pocos ministros dispuestos a apoyarle.

- Pero Cloris no llegaría a ser coronado rey si no se casara contigo, ¿verdad? -preguntó José Luis Balmer.

- Lo será de todos modos al alcanzar su mayoría de edad. El padre de Cloris, que era hermano del mío, era el rey de Oceán. Murió cuando Cloris era todavía muy niño y mi padre fue coronado rey. Pero la corona es de propiedad de mi primo y Tritón II tiene que cedérsela dentro de pocos días.

- ¡Vaya! -refunfuñó José Luis-. En tal caso no hay que darle vueltas al asunto. El pacto de ayuda mutua entre nosotros no se firmará jamás. Incluso sería conveniente que empezáramos a despedirnos.

- Vuestras vidas no corren ningún peligro, si eso es lo que temes -aseguró Ondina haciendo una mueca de contrariedad. Y volviéndose hacia Miguel Ángel preguntó suplicante:

- No os marcharéis en seguida, ¿verdad?

- Lo siento, Ondina. Ya te advertí que no íbamos a permanecer mucho tiempo en Ciudad de Coral. Fuera cual fuere el resultado de nuestras negociaciones hemos de atacar al autoplaneta sin pérdida de

tiempo. Los nahumitas deben de haber evacuado de allí a todos nuestros hermanos y a la mayor parte de nuestras fuerzas siderales. El ataque tiene que llevarse a cabo antes de que se hayan sacado de él nuestros buques y, sobre todo, antes de que los nahumitas empiecen a introducir reformas en el sistema de con trol de Valera.

- ¡Y no nos volveremos a ver! -exclamó la mujer-rana con acento de infinita desolación.

- ¿Por qué no? Sólo en el caso de que nuestro intento fracasara y pereciéramos en el combate no nos volveríamos a encontrar. Pero si tenemos suerte volveremos a Oceán para invitar a Cloris a que participe en la lucha contra nuestros comunes enemigos los nahumitas.

- ¿Volverías con esa proposición, aún después de haber triunfado sin nuestra ayuda?-interrogó la princesa estupefacta.

- Desde luego. Y no sólo porque no os guardemos rencor si nos negáis vuestra cooperación, sino porque la aportación del pueblo oceánide, al igual que la de todos los pueblos que habitan estos planetas, nos es indispensable para hundir de una manera definitiva el poderío nahumita.

- Cloris, ya bajo el nombre de Tritón III, aceptaría muy gustoso una proposición de alianza en la que tuviera las máximas probabilidades de ganar. Pero en ese caso, Cloris no merecería que le tendierais la mano, ni vosotros necesitaríais ya de su ayuda. El pueblo oceánide no es más que una insignificante fracción de la gran nación Baghoabita. Carecemos de flota sideral y de medios económicos e industriales dignos de tenerse en cuenta.

Miguel Ángel Aznar sonrió.

- Aún así vendríamos a ofreceros nuestra amistad -aseguró-. El pueblo oceánide tiene todas nuestras simpatías y merece salir de estos abismos para habitar sobre la corteza de un hermoso planeta, bajó la limpia luz del sol.

La princesa Ondina clavó sus glaucas pupilas en las oscuras del terrícola. Abrió los labios como para decir algo, mas debió arrepentirse y guardó silencio. En aquel momento volvía a escucharse el silbido del aire comprimido que expulsaba el agua de la esclusa de entrada. La puerta se abrió dejando paso a cinco oceánides que, con las cabezas cubiertas por yelmos llenos de agua avanzaron hacia el comedor llevando sendas fuentes cubiertas con campanas de cristal.

Era el almuerzo que Tritón II ofrecía a sus invita dos. Los criados de Ondina levantaron las tapaderas de vidrio dejando ver diversidad de alimentos, todos ellos a base de pescado y de gran variedad de algas condimentadas. Los terrícolas sentían apetito y fueron a tomar asiento en torno a la mesa.

Durante el almuerzo, Miguel Ángel Aznar mostrábase preocupado.

Era realmente enojoso que, a dos pasos de la consecución de su propósito, tuviera que verse privado del Rayo Azul a causa de la personal e íntima enemistad del «dasans» Cloris. En Miguel Ángel, el enojo era tanto más acentuado cuanto que era por su causa por lo que el heredero de la corona de Oceán se oponía a la alianza de su pueblo con los terrícolas.

Durante la sobremesa, la princesa Ondina hizo frecuentes viajes hasta un teléfono próximo para preguntar acerca de la marcha de la discusión que estaba desarrollándose entre el rey y su Consejo. En los intervalos, entre llamada y llamada, Ondina respondía a las preguntas de los terrícolas detallando ante estos la forma en que vivía el pueblo oceánide. Aunque la charla de Ondina era de indiscutible interés, el almirante Cicerón, y el almirante Mendizábal poco después, empezaron a disimular sus bostezos y a dar cabezazos somnolientos. La princesa advirtió el esfuerzo que hacían sus huéspedes para no dormirse en su presencia. Habían transcurrido cuatro horas desde que comenzara la discusión del Gabinete oceánide, y todavía no se tenían noticias concretas acerca del resultado del debate.

- Estáis cansados -dijo la princesa Ondina. Y sin hacer caso de las protestas de los terrícolas, se puso en pie añadiendo-: La oposición que Tritón encuentra en el Consejo debe ser más fuerte de lo que él mismo esperaba. Descansad mientras el Consejo discute. Os avisaré cuando se sepa algo.

Los terrícolas no protestaron esta vez. Ondina les saludó uno por uno con una inclinación de cabeza, lanzó una dulce mirada sobre Miguel Ángel Aznar y abandonó el apartamento por la esclusa. Inmediata mente, los terrícolas se despojaron de sus armaduras y se retiraron a sus habitaciones a descansar.

***

Un brusco zarandeo arrancó súbitamente a Miguel Ángel de su profundo sueño. Las luces de la habitación estaban encendidas, y sobre el suyo se cernía el rostro amarillo de la princesa Ondina, encerrado en un yelmo de cristal. Junto a la puerta se veían dos oficiales del Ejército armados de fusiles y arpones.

- ¿Ocurre algo? -interrogó Miguel Ángel sentándose sobre el lecho, alarmado por la gravedad del rostro de la muchacha.

- El Consejo acabó de deliberar. Ha rechazado la alianza anunció Ondina.

Miguel Ángel dejó escapar un suspiro y abrió los brazos en ademán de impotencia.

- ¿Qué se le va a hacer? -murmuró.

- Y eso no es todo -añadió Ondina-. Cloris, para evitar que Tritón

denunciara la oposición al pueblo, ha lanzado un edicto calificando a Tritón II de ineptitud e incapacidad y nombrándose a sí mismo rey de Oceán bajo el nombre de Tritón Tercero. El consejo apoya este manifiesto. Las tropas han salido a las calles. Mi padre ha sido reducido a prisión. Temo por vosotros. Debéis salir inmediatamente de palacio, volver a vuestro crucero y alejaros de Ciudad de Coral.

CAPITULO IV

GOLPE DE ESTADO

Mascullando maldiciones en español, Miguel Ángel saltó de la cama y empezó a colocarse sobre sus ropas las piezas que formaban la vítrea armadura de inmersión. Por encima de los hombros de los oceánides vio pasar a otros hombres-rana. Estos, al parecer, habían invadido el apartamento e iban de un lado a otro promoviendo gran ruido.

- ¿Quiénes son estos hombres? -interrogó Miguel Ángel mientras se ajustaba las piezas de la armadura.

- Un grupo de oficiales y soldados de la Guardia Real afectos a mi padre. Los he traído conmigo por si hemos de abrirnos paso a la fuerza hasta vuestro buque. Temo que Cloris intente deteneros.

- ¿Por qué ha de oponerse a nuestra marcha? Que yo sepa no le hicimos ningún daño.

- Es que acabo de decir a mi primo que no me casaré con él.

- ¡Ah! -exclamó Miguel Ángel. Y no dijo más por temor a incurrir en una indiscreción.

- No me casaré con él -repitió la muchacha apretando sus menudos dientecillos-. Por eso es muy probable que Cloris quiera detenerte. El se ha dado cuenta de que te amo a tí.

La faz del joven terrícola no se inmutó. Dar un respingo o hacer cualquier otra manifestación de asombro hubiera sido una hipocresía imperdonable, porque él había descubierto mucho antes el amor que la mujer-rana le profesaba. Sin embargo enrojeció, y sus negras pupilas se clavaron con expresión dolorida en las verdes y brillantes de la princesa.

- Ondina… -murmuró embarazado-. Yo…

- Sé perfectamente que no me amas, Miguel Ángel -le interrumpió Ondina-. Es más; sé que no podrás amarme nunca. Yo sólo soy una oceánide, una repulsiva mujer-rana cuyo aspecto debe causarte horror…

- No digas eso, Ondina -suplicó Miguel Ángel -Tú mereces sin duda ser amada por la bondad y nobleza de tu corazón. No es nuestra diferencia física lo que nos separa, sino el hecho de que mi corazón está todavía lleno del amor que profesaba a una mujer de mi pueblo.

Tú la conociste…

- Sí. La conocí en el Circo de Arba, y aunque estaba destrozada por las fieras vi que era muy hermosa. Sé cuanto la amabas… y no tienes que ofrecerme ninguna explicación. No espero correspondencia a mi amor, Príncipe de la Tierra. No tengo la menor esperanza de conseguir que me ames alguna vez. Lo único que te pido es que me permitas ir contigo.

- ¡Estás delirando, muchacha!

- ¡Quiero que me lleves contigo! -repitió la joven agitadamente-. Seré tu criada, tu esclava… si quieres. No te causaré molestias. Me echarás las sobras de tu comida cuando las haya y pegarme si cometo alguna torpeza… ¡Pero deja que te acompañe, Príncipe!

Miguel Ángel miró estupefacto a la princesa.

- Estás desvariando, Ondina -aseguró-. No puedo permitir que abandones a tu padre, a tu pueblo ni la posición que aquí ocupas. Cloris no puede ser tan malo como lo pintas… Debes casarte con él. Te ama y está destinado a ser el rey de los oceánides. Entre los tuyos serás reina, Ondina, pero entre mi pueblo…

- Seré una mujer-pez, lo sé -cortó rápidamente Ondina-. La gente se burlará de mí y los niños me arrojarán piedras. Seré objeto de burlas y vejaciones… Pero nada de eso me importa con tal de estar a tu lado.

- Lo dices ahora porque todavía no has vivido en esas condiciones, Ondina. Pero no podrás resistirlo. Además, está la cuestión de tu elemento. ¡No puedo tenerte dentro de una pecera grande, como un animalito decorativo de mi casa! Eres un ser humano, y si tú fueras capaz de soportarlo, sería yo mismo quien no podría sufrirlo.

- Dos de los hombres que han venido conmigo son expertos cirujanos. Ellos podrán operar sobre mis pulmones adaptándolos a la respiración normal.

- ¡Ah! -exclamó Miguel Ángel mirando a la princesa-. ¿De manera que has pensado en todo?

Ella no contestó. En ese momento escuchóse rumor de pasos precipitados por el pasillo. Un oceánide apartó a los oficiales de la Guardia Real que cubrían el hueco de la puerta y se precipitó en la habitación.

- ¡Pronto, Ondina! -gritó-. ¡Un destacamento de guardias viene pata detener a tus amigos!

- ¡Echad el pestillo de la puerta! ¡No les dejéis entrar! -gritó Ondina.

Los dos oficiales salieron corriendo en dirección a la puerta de la esclusa. José Luis Balmer, el almirante Cicerón y el almirante Mendizábal aparecieron en el corredor completamente vestidos de cristal y lle vando sus escafandras bajo el brazo. Los oficiales de la Guardia les habían despertado a la vez que Ondina a Miguel Ángel. Unos instantes después, el almirante Herrera y el contralmirante

Blasón se reunían con Miguel Ángel en el pasillo. Los que fueron a echar el cerrojo de la puerta regresaron.

- ¡Cloris en persona está en la esclusa dando gritos!

- ¡No le abráis! -chilló Ondina.

- ¿Pero por dónde vamos a salir si no le abrimos? -interrogó el oceánide que acababa de llegar, y que no debía ser militar-. ¿Hay alguna otra salida?

- Ninguna. Saldremos por la ventana del comedor. Id allá y echad abajo el cristal -dijo Ondina y volviéndose hacia los terrícolas añadió-: Poneos las escafandras. En cuanto rompamos el vidrio el agua anegará este apartamento.

- ¿No sería mejor que abriéramos la puerta permitiendo entrar al «dasans»? -insistió Miguel Ángel-. Pese a todo, no considero a ese joven capaz de hacer nos ningún daño.

- Tú no le conoces -repuso la princesa-. Nada tiene contra tus compañeros, es cierto. Pero a ti te odia y te matará si te coge.

Miguel Ángel cruzó una mirada de perplejidad con sus compañeros.

- Sigamos las instrucciones de Ondina-aconsejó el almirante Herrera-. Ese jovencillo me inspira muy poca confianza.

Miguel Ángel hizo una mueca de resignación y se caló su escafandra. Sus camaradas le imitaron. Escuchábase un formidable estrépito que procedía de la puerta de la esclusa. Alguien la golpeaba del otro lado con brutalidad. Uno de los oficiales que habían ido a romper el cristal de la ventana del comedor gritó:

- ¡Meteos en las habitaciones! ¡Vamos a echar abajo el cristal!

Los que estaban en el corredor se metieron en las habitaciones. Escuchóse una formidable explosión, y enseguida el rugido del agua que entraba impetuosa mente por el ventanal roto. Una enorme ola barrió el pasillo de un extremo a otro yendo a estrellarse contra la puerta de la esclusa. El nivel del agua empezó a subir con prodigiosa rapidez. Ondina tiró de una mano de Miguel Ángel sacándolo al corredor. Los demás les siguieron.

El agua subía con tanta rapidez que cuando llega ron al corredor, les llegaba ya a los hombros. Instantes más tarde, todo el apartamento reservado a los terrestres quedaba completamente anegado.

Las luces seguían brillando. Todo estaba igual que antes, a excepción de los muebles que habían sido barridos por la impetuosa ola entrada por el ventanal. Hasta los auriculares de Miguel Ángel llegó la voz de uno de los oficiales oceánides.

- Treparemos por la fachada hasta!a azotea. Allí tomaremos un par de canoas sumergibles.

- ¡Compañeros! -gritó el almirante Cicerón-. ¡Quítense las suelas de dedona si no quieren ser arrastrados al fondo de la calle!

Los oceánides estaban saliendo con rapidez por el ventanal. Aunque

ya no podía servirles para nada, ni siquiera se entretuvieron en quitarse los yelmos. Los terrícolas se despojaron de sus suelas metálicas.

- ¡Venid por aquí! -gritó Ondina tirando del brazo de Miguel Ángel.

Salieron por el ventanal. Al salir al exterior y mirar hacia abajo pudieron ver a sus pies el abismo que formaba la plaza. Los oceánides nadaban como tiburones alrededor de los terrícolas. Estos ascendían rápidamente impulsados por la flotabilidad de sus herméticas armaduras llenas de aire, y habrían continuado su movimiento ascendente hasta la misma cúpula de la ciudad si no hubiesen sido sujetados por los oceánides a la altura de la azotea del edificio.

Sobre la azotea descansaba la navecilla que había traído a los terrícolas a su llegada a Ciudad de Coral, pero mientras avanzaban hacia el aparato brotó de la escalera un grupo de oceánides armados de fusiles. Moviéndose con extraordinaria agilidad el grupo avanzó hacia los fugitivos. Dispararon los fusiles. Los proyectiles eran pequeños arpones impulsados por cartuchos de pólvora. Dos hombres de la guardia fueron alcanzados por los proyectiles, y otros arpones rebotaron en las armaduras de cristal de Miguel Ángel, José Luis Balmer y el almirante Mendizábal. Cloris debía haber ordenado disparar preferente mente contra los terrícolas, a juzgar por el mayor número de arpones que estos recibieron. Sin embargo los arpones eran impotentes para atravesar la dura «diamantina» de las armaduras de los terrícolas.

Los soldados de la Guardia afectos a Tritón II con testaron a la agresión disparando sus fusiles. En las filas de los atacantes quedó abierta una brecha. Tres o cuatro oceánides empezaron a ascender lentamente, tiñendo el agua a su alrededor con el rojo de su sangre. Otros dos hombres se retorcían tratando de arrancarse los arpones clavados en sus hombros.

- ¡No se detengan...no se detengan! -apremiaba Ondina a los oceánides que acompañaban a los terrícolas.

Los fusiles volvieron a restallar como latigazos, intercambiando una lluvia de pequeños y afilados proyectiles. La sangre de uno y otro bando iba tiñendo las transparentes aguas sobre la azotea.

Mientras Miguel Ángel y sus compañeros braceaban desesperadamente sin avanzar apenas, un segundo grupo de guardias surgió disparando por el hueco de la escalera. Los trajes de vidrio volvieron a salvar a los terrícolas. Mientras tanto, los oceánides, nadando como delfines, habían alcanzado la canoa desapareciendo en su interior con vivacidad de lagar tijas.

- ¡Hombre! -gritó José Luis-. ¡Se marchan y nos dejan solos!

Pero la verdadera intención de los oceánides era otra. Habían comprendido que sus protegidos no corrían peligro, mientras que ellos

sí. Apenas alcanza ron la embarcación se revolvieron y dispararon una descarga cerrada contra los guardias reales que aca baban de surgir por el hueco de la escalera.

Los terrícolas se vieron en mitad del fuego cruzado de los dos bandos contendientes. Continuaron avanzando hasta llegar a la lancha. Protegidos por el casco y la cubierta de cristal de ésta, Ondina y los suyos acababan de dejar fuera de combate a sus perseguidores. Un brazo escamoso surgió del hueco de la portezuela de la cabina, asió a Miguel Ángel de una mano y tiró metiéndolo dentro. Un soldado oceánide y uno de los oficiales de la Guardia Real salieron para ayudar a los almirantes y los introdujeron en la cabina a empujones.

- ¡Ya estamos todos! -oyó Miguel Ángel que gritaba Ondina-. ¡Adelante! ¡Al puerto Oeste a toda velocidad!

El oficial que se había apoderado de los mandos cerró la portezuela. El pequeño buque se puso en marcha.

Los terrícolas miraron hacia atrás. Entonces vieron cómo dos lanchas submarinas saltaban desde la azotea del palacio real y se lanzaban en su persecución.

- ¡Nos siguen! -avisó el contralmirante Blasón.

- ¡Más aprisa, Artagás…más aprisa! -gritó Ondina.

El piloto había metido ya afondo el acelerador. Las dos hélices giraban vertiginosamente impulsando a la nave de popa. Los terrícolas veían deslizarse fugazmente bajo sus plantas las azoteas de los edificios en los que generalmente había varías canoas sumergibles posadas sobre las baldosas.

La lancha esquivó ágilmente una torre que le salía al paso y enfiló una de las grandes y circulares puertas estancas que se abrían desde el fondo de una calle hasta las proximidades de las cúpulas de acero. Cuando la pared estanca quedaba atrás empezó a escucharse el taladrante aullido de una sirena, a la que pronto se unieron otras formando un enervante coro.

- ¡Cloris ha dado la señal de alarma para que se cierren las puertas estancas! -exclamó Ondina con rabia-. ¡Pronto, Artagás… sólo nos queda un compartimento estanco y hemos de atravesarlo antes de que se cierre.

- ¡Los motores no dan más de sí, Princesa! -chilló el piloto sin volver la cabeza-. ¡Ahí está!

- ¡Están cerrando! -exclamó José Luis Balmer.

Miguel Ángel dejó de espiar los movimientos de las lanchas persecutoras y se volvió para mirar hacia la proa. Vio venir a gran velocidad (o esto era al menos lo que parecía) uno de aquellos sólidos mamparos en los que se abrían de arriba abajo tres grandes agujeros de forma circular. Las formidables puertas estaban cerrándose con

rapidez.

- ¡Llegamos tarde… no podremos pasar! -gritó el almirante Herrera en español.

- ¡Vamos a estrellarnos… vira! -gritó a su vez el almirante Mendizábal dejando caer su mano sobre el hombro del piloto.

Naturalmente, el piloto oceánide no entendía el español. No supo lo que el almirante terrestre le decía, pero interpretó la palmada en su hombro como una expresión de aliento. En vez de virar se inclinó sobre los mandos y enfiló con la proa de la lancha a la grieta, por segundos más pequeña, que quedaba entre las dos gigantescas hojas.

En aquel momento Miguel Ángel abrió la boca para rectificar el error en idioma nahumita. Pero Artagás, comprendiendo que la canoa era demasiado ancha para pasar, inclinó a ésta súbitamente sobre el costado de estribor, Miguel Ángel no pudo gritar. Se vio rodando por encima de las filas de sillones hasta que dar tendido contra la cubierta de cristal de la cabina, teniendo encima casi todos sus compañeros.

- ¡Virgen Santísima! -gritó el almirante Cicerón cuando caía sobre Miguel Ángel.

La lancha pasó por entre las dos hojas de la gigantesca puerta como una moneda por la ranura de una máquina tragaperras.

Lanzando un grito de triunfo, Artagás volvió a enderezar lentamente la embarcación. A través de la cubierta transparente de la cabina y también a través de la puerta estanca de cristal, Miguel Ángel pudo ver a la más próxima de las lanchas persecutoras maniobrando para eludir el choque. Pero éste se produjo inevitablemente. La canoa sumergible persecutora se estrelló contra la puerta.

- ¡Cielos! -exclamó el contralmirante Blasón poniéndose de pie después de la confusión-.

- ¡No nos ha sobrado ni un pelo de espacio! -aseguró José Luis Balmer, pálido tras el cristal de su escafandra.

La lancha navegaba como un rayo sobre la gran explanada donde horas antes formaba la parada que rindió honores a los terrícolas.

- ¡Miren…ahí está nuestro crucero! -señaló Blasón.

Aunque sólo habían transcurrido menos de ocho horas desde que desembarcaron de él, Miguel Ángel Aznar sintió un inefable alivio al divisarle a través de las verdes y limpias aguas.

Un minuto más tarde, la lancha sumergible posábase sobre el suelo junto al crucero. La portezuela se abrió y los terrícolas se lanzaron fuera. Detrás de los terrícolas salieron los oceánides.

- ¡Ayudad a nuestros amigos a llegar hasta su buque! -gritó la princesa Ondina.

Cada oceánide asió a un terrícola de un brazo y arrastró a éste hasta depositarlo ante la puerta de la esclusa de emergencia, que estaba abierta como la dejaran Miguel Ángel y sus compañeros.

Momentos antes de ser empujado dentro de la esclusa, Miguel Ángel pudo ver a cuatro o cinco canoas sumergibles que navegaban a gran velocidad hacia el crucero. Luego, la puerta se cerró a espaldas de Artagás, que fue el último en entrar.

La esclusa sólo podía contener a diez hombres de pie y había metida en ella doce y una mujer, todos apretados como sardinas en lata. El almirante Herrera apretó el botón que hacía funcionar el sistema de evacuación. Escuchóse el silbido del aire comprimido que entraba por las espitas haciendo descender rápidamente el nivel del agua. Era una suerte para los oceánides que hubieran conservado sus yelmos de cristal durante la confusión de la huida. De lo contra rio no hubieran podido entrar en el crucero sideral de la Armada terrestre.

La segunda puerta de la esclusa se abrió automáticamente cuando la última gota de agua se fue por los desagües. El grupo entró en tropel en el crucero propiamente dicho, donde los terrícolas recobraron súbitamente la agilidad de movimientos, a la vez que los oceánides se movían con torpeza.

- ¿Ondina y su gente…vienen con nosotros? -interrogó el almirante Cicerón. Miguel Ángel volvióse hacia la princesa.

- Por última vez, Ondina -le dijo- ¿En verdad de seas unir tu suerte a la nuestra?

- Ya la he unido -contestó la joven.

- ¿Y estos hombres?

- Te conviene que vengan también. Este es el profesor Campión, perito en electrónica. El puede darte la información que deseas acerca del Rayo Azul e incluso construir una máquina si le proporcionáis los elementos necesarios. Estos otros son los cirujanos de que te hablé, dos oficiales y un soldado de la Guardia Real. Después de lo que han hecho por vosotros, ninguno de ellos puede volver a presentarse ante Cloris…

- Lo comprendo -dijo Miguel Ángel lanzando una mirada de curiosidad sobre el profesor Campión-. Bien. Está decidido, vendréis con nosotros. Lo importante ahora es salir de la ciudad. ¿Crees que podremos utilizar la esclusa por donde llegamos?

- No con el consentimiento de los hombres que la guardan. Cloris habrá ordenado no se abra a nadie.

- Podíamos probar a hundir las compuertas a torpedazos -insinuó el contralmirante Blasón.

- Bien -dijo Herrera. Y señalando con la cabeza la cámara de derrota: -Vamos allá.

El grupo entró en la cámara. El almirante Herrera abrió los interruptores y pulsó algunos botones. Tomó un micrófono y ordenó la maniobra:

- ¡Comandante a piloto! ¡Vira uno ocho cero a estribor! -gritó-.

¡Comandante a torpedistas! ¡Prepárense para lanzar torpedos con cabeza de percusión! ¡Comandante a radiotelegrafista… conecte la pantalla de radar con el teleobjetivo de proa!

La pantalla de televisión se iluminó. Por medio de ésta, los que estaban en la cámara pudieron ver cómo las canoas sumergibles de sus perseguidores se detenían vomitando a medio centenar de soldados que nadaron como delfines hacia el buque. Este empezó a virar ante la consternada mirada de impotencia de los recién llegados.

- ¡Preparados para lanzar torpedos de percusión! -avisó el torpedista electrónico por el tornavoz.

- ¡Fuera el uno!… ¡Y agárrense fuerte! -gritó el almirante Herrera a la vez que se asía al respaldo de un sillón.

El crucero se estremeció imperceptiblemente cuando el torpedo atómico abandonó su tubo. Un tornavoz avisó:

- ¡El torpedo ha salido!

En la pantalla de televisión el torpedo fue visible como una ráfaga gris que dejaba en pos una raya de fuego. Un enceguecedor relámpago azul-verdoso brilló cuando el torpedo alcanzó su objetivo. El buque entero se bamboleó violentamente como si acabara de embestir a una montaña. Oceánides y terrícolas rodaron por el suelo mientras vibraban los diversos objetos metálicos de la cámara.

Zarandeado como una hoja, el crucero fue lanzado hacia arriba, luego hacia abajo, y después volvió a subir para quedar dando cabezadas. Por una de las pantallas de televisión Miguel Ángel pudo ver un enorme boquete en el mismo lugar que antes ocupaban las compuertas de la esclusa.

- ¡Muy bien! -chilló el contralmirante Blasón-. La puerta se ha hundido. La del extremo opuesto del tubo será todavía más fácil de echar abajo.

Mientras los conmocionados oceánides se ponían en pie, el almirante Herrera lanzó otro torpedo atómico. Este se introdujo por la boca de la esclusa y tardó un minuto en estallar. Su objetivo era la compuerta exterior, situada al extremo del largo tubo.

La segunda explosión atómica apenas si fue notada a bordo del crucero. La onda expansiva se apoyó de un lado en el agua que llenaba el túnel y del otro empujó la compuerta echándola abajo y escapando al exterior.

- ¡Listo! -gritó Miguel Ángel-. ¡Adelante!

- ¡Comandante a piloto ¡-ordenó Herrera-. ¡Avante a uno cinco! ¡Comandante a piloto! ¡Conecte la memoria electrónica!

El crucero se puso en movimiento dando un suave empujón. Por medio de la pantalla de T. V., los que estaban en la cámara pudieron observar los desastrosos efectos causados por la explosión. Los cadáveres de los que habían venido persiguiendo a los terrícolas

flotaban aquí y allá entre dos aguas, adoptando grotescas y macabras posturas.

Breves instantes después, el crucero sideral de la Armada expedicionaria terrícola se introducía en el tubo de la esclusa. Este fue cruzado con rapidez y el buque se asomó a la mar libre.

Quedaba todavía por salvar el obstáculo de los campos de minas. Pero aquí actuaba la memoria electrónica del piloto «robot», importante auxiliar que retenía la ruta seguida antes para desandar luego el camino. Veinte minutos más tarde, después de haber dejado atrás el último campo de minas, el crucero sideral aumentaba su velocidad y arrumbaba al lugar donde esperaba el grueso de la escuadra.

CAPITULO V

OBJETIVO NUMERO UNO

Por las inconmensurables rutas del espacio interestelar, una escuadra formada por ocho mil destructores y cruceros de combate avanzaba raudamente hacia un planeta enteramente cubierto de hielo. El planeta era Ragún y la escuadra los restos de la Armada Sideral Expedicionaria terrícola, que Miguel Ángel Aznar había podido salvar del de sastre de Valera.

La escuadra hacía solamente cincuenta horas, según la medida del tiempo de los relojes terrestres, que abandonara los abismos marinos del planeta Oceán para elevarse en el aire y adentrarse en el espacio rumbo a Ragún. En la sala de oficiales del crucero Filadelfia, que enarbolaba la insignia almirante, Miguel Ángel Aznar, el último descendiente de una larga familia de caudillos, presidía la reunión del Estado Mayor recientemente formado.

Después de discutir con detalle las próximas operaciones, el joven caudillo se puso en pie dando por terminada la conferencia. Los almirantes le imitaron a su vez, cerrando sus carpetas, y empezaron a salir de la cámara hablando entre sí.

Al pasar por la antesala, la mayoría de los altos jefes de la Armada se volvieron llenos de curiosidad para mirar hacia un extraño ser que parecía aguardar acurrucado en el extremo de uno de los confortables divanes. Aquel ser extraordinario, que por su cuerpo escamoso, sus pies y manos palmeados y por la circunstancia de mostrar la cabeza encerrada en un yelmo atraía la atención de los terrícolas, era la princesa Ondina.

Ondina pasaba por uno de los momentos más duros de su existencia. La prueba, y de ello le había advertido Miguel Ángel Aznar a su tiempo, estaba resultando realmente dura. Aunque piadosos y

llenos de comprensión, los terrícolas que no habían visto a un oceánide no podían evitar su curiosidad al ver por vez primera a esta extraordinaria y auténtica mujer sirena. Ondina, que allá en su maravillosa Ciudad de Coral vivía rodeada de todas las deferencias debidas a su alta alcurnia, sentíase entre el pueblo terrícola reducida a la condición de un perro, un mono o cualquier otro animal exótico y gracioso.

Apenas el último de los altos jefes de la Armada desfiló ante ella, Ondina se puso en pie y entró en la cámara donde acababa de tener lugar la conferencia. Miguel Ángel estaba todavía sentado ante la mesa, fijos sus ojos oscuros en una pantalla de televisión contigua, la cual enmarcaba el blanco globo del planeta Ragún.

El joven apartó los ojos del aparato y miró a la muchacha.

- ¡Ah! -exclamó-. ¿Eres tú, Ondina?

La muchacha, con aquellos sus torpes y grotescos movimientos, acercóse a Miguel Ángel. Este la miró con severidad.

- ¿Por qué no te has puesto otras ropas, como te aconsejé? ¿No comprendes que así atraes todavía más la curiosidad de mis hombres?

- Perdóname, Príncipe -murmuró Ondina humildemente-. No me he atrevido a pedir ropas a tu gente.

- ¡Tonterías! -murmuró Miguel Ángel cerrando la carpeta que tenía sobre la mesa-. He advertido a la tripulación de este buque de vuestra presencia a bordo. Incluso he contado nuestra aventura y he añadido cuantos datos conocía acerca de vuestra forma de vida y las circunstancias que os condujeron a habitar entre las aguas. Tú, al igual que los demás oceánides, tenéis el rango de seres humanos idénticos a nosotros. ¿Acaso te ha molestado alguien?

- No, no…-aseguró la muchacha-. No es eso. Nadie me ha molestado. Pero es fácil ver en los ojos de tu gente la curiosidad y el regocijo que les produce vernos ir torpemente de un lado a otro llevando las cabezas metidas en unos yelmos llenos de agua.

- Ten paciencia, Ondina. Todo será diferente cuando los cirujanos puedan operaros las branquias transformándolas en pulmones. Entonces podrás desprenderte de ese odioso yelmo y vistiendo ropas que oculten las escamas de tu cuerpo nadie podrá adivinar que has sido una habitante de las aguas.

- Seré una oceánide mientras viva -suspiró la muchacha-. Aunque los cirujanos me devuelvan la facultad de respirar oxígeno.

- Por favor, Ondina-suplicó Miguel Ángel-. Debes aprender a tener resignación. Cuando vivías en el fondo del océano asegurabas que serías feliz si algún día te era dado habitar sobre la tierra y poder respirar aire puro. Todo eso estás próxima a alcanzarlo. ¿Y qué ocurre? Aún antes de lograr aquello que significaba para ti la máxima dicha te lamentas ya de que ésta no se complete perdiendo tus

escamas y recobrando la forma que tenían los miembros de tu raza antes de que la Naturaleza los adaptara a la vida acuática.

La princesa Ondina abatió melancólicamente la cabeza.

- Sí, tienes razón. Debiera sentirme feliz con respirar aire y poder vivir bajo las estrellas. Sólo unos días atrás, esto hubiera colmado mi dicha. Ahora, sin embargo…

Ondina dejó en suspenso la frase. Miguel Ángel, sintiéndose molesto, apartó sus ojos de los de Ondina para mirar hacia la pantalla de televisión. Siguió un largo y embarazoso silencio.

- Estoy entristeciéndote con el relato de mis cuitas, Príncipe -murmuró Ondina. Y tras una breve pausa añadió:

- No hablemos más de mí, Dime, ¿habéis decidido atacar ese planeta?

Miguel Ángel celebró sinceramente el giro de la conversación impuesto por la muchacha.

- Sí -dijo-. Es preciso que nos apoderemos de la máquina que lanza los rayos azules. De lo contrario no podríamos acercarnos a Valera. Las defensas de éste fueron construidas a conciencia y nos rechazarían aunque fuéramos cien veces más numerosos.

- Es una verdadera desgracia que Tritón II no pudiera convencer a sus ministros para que los oceánides entraran a luchar a vuestro lado aportando su máquina emisora de rayos azules. Miguel Ángel levantó los ojos con vivacidad.

- No lo creas -dijo-. Después de meditarlo bien hemos llegado a la conclusión de que tal vez fuera una suerte que Cloris se interpusiera entre nosotros y tu padre quitándonos el Rayo Azul.

- No comprendo -murmuró Ondina-. ¿Pues no dices que os es indispensable el Rayo Azul para reconquistar vuestro autoplaneta?

- Desde luego. Mientras Valera esté bajo los efectos del Rayo Azul, sus defensas, faltas de energía eléctrica, no podrán funcionar. Nuestro propósito es romper algunas de las compuertas del autoplaneta para que el aire de éste escape y mueran todos los nahumitas que se hallen dentro. Entonces retiraremos el Rayo Azul y penetraremos en Valera para poner los reactores atómicos en marcha y darle un impulso que le lleve fuera del radio de acción de los rayos azules nahumitas. Pero fíjate bien, Ondina: Si tu pueblo nos hubiera cedido su Rayo Azul, éste hubiera paralizado las defensas de Valera. En el momento preciso, nuestra máquina hubiera dejado de apuntar al autoplaneta para que éste pudiera ponerse en marcha. Es muy probable que, entonces, los nahumitas de Ragún, dándose cuenta de lo que ocurría, dispararan contra Valera su Rayo Azul impidiéndole escapar y echando a perder nuestros planes. Por esto digo que es preferible no contar con vuestro Rayo Azul. Esto nos obliga, ciertamente, a dirigir un golpe de mano contra Ragún para apoderarnos del Rayo nahumita. La empresa es más

complicada, pero si conseguimos capturar la máquina emplazada en Ragún, ¿qué otra máquina emisora de rayos azules podrá inmovilizar a Valera? La única que está bastante cerca, la emplazada en Ragún, habrá caído en nuestras manos y será destruida luego que la hayamos utilizado. Ningún Rayo Azul podrá detener a Valera si conseguimos ponerle en marcha. Según el profesor Campión, los demás planetas nahumitas están demasiado lejos para que puedan alcanzarnos con otros rayos.

- Comprendo -murmuró la princesa Ondina.

En este momento la imagen del planeta Ragún desapareció de la pantalla de televisión, siendo sustituida por la imagen de un oficial de la Armada, quien anunció:

- Nuestros serviolas anuncian la presencia de una escuadra enemiga que acaba de despegar de Ragún y sale a nuestro encuentro.

- ¿Es muy numerosa esa escuadra? -interrogó Miguel Ángel con vivacidad.

- Casi nos doblan en número, señor. Suman unos quince mil buques siderales.

- Perfectamente. Haga sonar el toque de zafarrancho de combate. ¿Los almirantes han salido ya del buque?

- Hace un momento, señor.

- Estaré ahí dentro en un instante -aseguró Miguel Ángel cerrando la comunicación. Y poniéndose en pie dijo a Ondina: -¿Has presenciado alguna vez una batalla sideral?

- Nunca.

- Yo tampoco -aseguró Miguel Ángel sonriendo-.

Vamos a la cámara de derrota. Está próxima a empezar una.

Los dos jóvenes salieron de la cámara de los oficiales. Mientras subían al piso superior y cruzaban los corredores, escuchábase por todo el buque el repiquetear de los timbres.

Cuando Ondina y Miguel Ángel entraron en la cámara de derrota, los oficiales del buque y el inevitable José Luis Balmer estaban ya allí siguiendo los movimientos de la escuadra enemiga a través de una pantalla de televisión conectada al objetivo del potente telescopio electrónico del buque.

- Contando los buques que vamos a separar de la formación, justo nos doblan en número -dijo José Luis señalando a la pantalla:

- Siete mil quinientos nosotros. Quince mil ellos.

- La desventaja numérica no lo es todo en este caso -aseguró Miguel Ángel-. En primer lugar, los apara tos enemigos pertenecen a un tipo único: más grandes que nuestros destructores y más pequeños que nuestros cruceros de serie. En segundo lugar, nuestro material es superior al de ellos. Nuestros buques son más grandes, más veloces y están mejor blindados y armados. Nuestros torpedos robot tienen

también más velocidad, radio de acción y poder destructivo que los nahumitas.

- Bueno -farfulló José Luis-. Estos datos son del año de la nana, es decir, del tiempo en que los nahumitas se dejaron ver por el planeta Tierra. Cabe esperar que hayan mejorado mucho desde entonces.

- No lo parece así. Continúan utilizando el mismo modelo de buques y, por otra parte, si ellos han introducido mejoras en su material, también las introdujimos nosotros a lo largo de estos últimos años.

Miguel Ángel se inclinó sobre la pantalla de televisión. En ésta la escuadra enemiga era visible como una miríada de pequeños puntos de luz, fáciles de confundir con las estrellas si no fuera por lo numeroso y apretados que éstos se veían. Al cabo de algunos minutos empezaron a recibirse mensajes desde los buques que tripulaban los almirantes.

Un vago malestar atormentaba a Miguel Ángel desde el fondo del estómago. El era, a fin de cuentas, un simple cadete de la Academia Astronáutica de San Carlos (Valera). Tenía 22 años frente a los 150 y aún más del término medio de los almirantes que operaban bajo sus órdenes. Que un jovenzuelo ejerciera el mando supremo sobre un buen puñado de curtidos veteranos, era algo que no había sucedido en la Armada Sideral terrícola desde los tiempos en que otro joven Aznar -Fidel Aznar- mandó sobre todas las fuerzas siderales y terrestres del naciente ejército redentor. Pero en aquellos tiempos, la Armada carecía de la importancia actual. Y Fidel Aznar fue, al fin y al cabo, su fundador.

Miguel Ángel, encaramado súbitamente al más alto puesto a que pudiera ambicionar un terrícola, sentíase dominado por el temor y la incertidumbre. Se preguntó si no debería delegar la responsabilidad de aquella batalla en el almirante Herrera o en cualquier otro de los prestigiosos jefes de la Armada. Luego se dijo que sólo a él correspondía cargar con las responsabilidades que se derivaran de la batalla que iba a empezar. Tal vez los almirantes estuvieran esperando el naufragio de la entereza del joven caudillo. Aunque hubieran aceptado la jefatura de Miguel Ángel en razón del enorme prestigio del padre y los abuelos de éste, allá para sus adentros los almirantes debían sentirse molestos al recibir órdenes de un jovenzuelo, un «cadete» en todo el amplio sentido de la palabra.

Miguel Ángel se consoló diciéndose que, al fin y al cabo, mandar una batalla no era empresa tan difícil en estos tiempos. Todos los buques tenían sincroniza dos sus movimientos. Los cerebros electrónicos que los piloteaban guardaban en sus fantásticas memorias una colosal lista de cifras, cada una de las cuales correspondía a una modalidad de combate. En la moderna Armada Sideral terrícola no

existían prácticamente las improvisaciones. Todos los movimientos que hiciera el enemigo tenían una respuesta adecuada. Las múltiples peripecias de un combate sideral habían sido cuidadosamente estudiadas de antemano y clasificadas escrupulosamente en los intrincados recovecos de los cerebros electrónicos que tripulaban los buques de guerra. El almirante más genial busca ría en vano una forma de ataque o retirada que no hubiera sido ya prevista por las máquinas. Esto era así porque el número de movimientos combinados en una batalla era forzosamente reducido. Cada buque llevaba un registro automático del curso del combate, con un dispositivo especial que ordenaba el movimiento siguiente…

No. Dirigir un combate sideral no era empresa demasiado difícil. Lo único embarazoso era comenzar la batalla, porque ante el jefe que mandaba la fuerza se abrían varias alternativas, entre las que debía es coger una.

Miguel Ángel, se decidió por una de las modalidades más modernas e interesantes de las que se graba ron en su memoria cuando estudiaba en la Academia Astronáutica de San Carlos… no hacía de ello mucho tiempo, por cierto.

Antes de abandonar el planeta Oceán, y previendo un encuentro con las fuerzas siderales enemigas, el Estado Mayor había decidido concentrar a la mayor parte del medio millón de hombres y mujeres que tripulaban los ocho mil buques rescatados por Miguel Ángel en sólo quinientos de estos. De esta forma, la destrucción de un navío no implicaría a la vez la muerte de 50 ó 60 seres humanos situados a bordo de él. El grupo de estos buques se quedaron formando un pelotón rezagado a una orden de Miguel Ángel.

El joven caudillo ordenó a sus fuerzas que se dispersaran formando una prolongada línea que abarcaba 75.000 kilómetros de espacio. En esta formación, cada unidad iba separada de la contigua por una distancia de 10 kilómetros. Las probabilidades de que fueran afectadas por el Rayo Azul del enemigo que daban así reducidas a su mínima expresión. De otro lado obligaba a los nahumitas a una dispersión semejante de sus fuerzas, de manera que cada buque terrícola tendría que enfrentarse por término medio con un par de enemigos.

Ningún almirante estaba junto al joven caudillo cuando éste tomó su trascendental decisión. A Miguel Ángel le hubiera gustado ver por lo menos la mueca que hacía alguno de los altos jefes de la Armada, pero más tarde celebraría haberse encontrado solo en el buque almirante al dar comienzo la batalla. Posiblemente, al ver la reacción de alguno de los veteranos almirantes o vicealmirantes, Miguel Ángel hubiera conducido a sus propias fuerzas al desastre.

La batalla comenzó cuando ambas escuadras estaban separadas por un abismo de 500.000 kilómetros de anchura. Los torpedos de uno y

otro bando surcaron el negro espacio dejando tras sí ígneos penachos de muerte.

Las dos bandadas de torpedos entraron en colisión a una distancia intermedia entre las dos fuerzas. Por una incomprensible torpeza, los nahumitas no dispersaron sus fuerzas. Avanzaron formando un compacto bloque. Adoptando esta formación los nahumitas estaban en óptimas condiciones de rechazar un ataque de torpedos. Pero dada su superioridad numérica, los nahumitas debieron de adoptar una formación de ataque, en vez de una formación de defensa.

El mazo de torpedos salido de la escuadra nahumita atravesó la movible barrera de los torpedos autómatas terrestres y alcanzó al centro de la línea terrícola. Una brecha se abrió en la formación terrestre, y hacia esta brecha avanzaron impetuosamente los nahumitas.

Miguel Ángel no podía haber soñado en una maniobra más estúpida por parte del enemigo. A partir de este momento los cerebros electrónicos tomaron de su cuenta el resto de la batalla. Las dos alas de cruce ros y destructores terrícolas cerraron como un cepo por detrás de la formación enemiga.

Los nahumitas, que se habían alejado, tuvieron que virar en redondo para volver atrás. Pero para virar tuvieron que frenar su veloz marcha, y en este momento cayeron sobre ellos varias andanadas de torpedos «paquete».

Los torpedos «paquete» no eran más que mazos de torpedos pequeños encerrados en uno mayor, el cual les trasladaba hasta las proximidades del enemigo. Entonces, los paquetes de deshacían y los pequeños torpedos salían como exhalaciones en todos los rumbos buscando el cuerpo a cuerpo con los torpedos enemigos.

La modalidad de los combates siderales era siempre la misma.

Todo consistía en poner el mayor número posible de torpedos robot en el espacio con la mayor rapidez posible. Los torpedos autómatas se dirigían hacia los navíos contrarios. Generalmente se veían forzados a estallar antes de alcanzar su objetivo cuando un torpedo enemigo le cruzaba por delante. Los torpedos combatían entre sí, y sólo cuando encontraban una brecha abierta entre las líneas defensivas de torpedos podían alcanzar el blanco. A mayor número de torpedos, mayores probabilidades cabían de barrer a los torpedos enemigos y alcanzar a los buques.

Las fuerzas siderales terrícolas, preparadas para combatir a un enemigo de igual talla, habían introducido la modalidad de los torpedos «paquete».

Para abatir a un torpedo robot de 25 metros de longitud y cabeza de combate atómica no era necesario oponer otro torpedo de las mismas dimensiones y potencia. Un torpedo de 5 metros de longitud

se bastaba para hacer estallar a un torpedo enemigo cinco veces más grande.

Los torpedos «paquete» avanzaron raudos al encuentro de los torpedos nahumitas. Momentos antes de que se produjera la colisión, los «paquetes» estallaron y el espacio se llenó de pequeños y velocísimos proyectiles cohete.

La andanada de torpedos nahumitas pereció en el torbellino de estos y numerosos proyectiles cohete, transportados hasta las cercanías por torpedos «nodriza».

En pos de los torpedos «paquete» avanzaba una ola de torpedos robot de cabeza de combate de carga atómica hueca. Estos, llevando por delante el enjambre de menudos proyectiles cohete, pasaron como la hoja de un cuchillo a través de una barra de mantequilla y cayeron sobre la concentración de buques nahumitas con espantosos efectos.

Al cabo de media hora de batalla los nahumitas habían perdido 10.000 de sus 15.000 buques siderales. En el mismo espacio de tiempo, Miguel Ángel Aznar sólo había perdido 480 de sus buques. La escuadra terrícola era ahora numéricamente superior a la nahumita. También se dejaba sentir la superioridad técnica de las armas terrícolas.

La batalla siguió según los cánones de los cerebros electrónicos de manufactura terrestre. Quince minutos más tarde, los 3.000 navíos nahumitas supervivientes se retiraban vergonzosamente hacia su planeta base. La escuadra terrícola les persiguió por orden de Miguel Ángel. En la táctica de los combates siderales, la experiencia había demostrado cuan peligroso era perseguir al enemigo hasta el planeta base. Pero en esta ocasión, la escuadra terrícola tenía que llegar hasta Ragún a despecho de la «opinión» de los cerebros electrónicos que acababan de apuntarse aquella victoria.

Los buques terrícolas persiguieron al enemigo a lo largo de millares de kilómetros, dándoles alcance y derribándoles uno tras otro. La batalla sideral terminó cuando el último buque nahumita cayó hecho pedazos sobre la superficie de Ragún. Pero en el mismo instante dio comienzo la batalla terrestre.

Persiguiendo al enemigo en retirada, la escuadra de Miguel Ángel llegó a la envoltura gaseosa de Ragún. Este planeta, según el profesor Campión, no estaba fortificado para repeler un ataque que procediera del espacio. El aparato o los aparatos emisores de rayos azules emplazados en Ragún no tenían por objeto la defensa del planeta, ya que el Rayo Azul no era adecuado para rechazar el ataque de una flota sideral invasora. El Rayo Azul de Ragún se utilizaba contra los planetas exteriores de Nahum, en los cuales habían también emplazados proyectores de este tipo. De tal forma, unos planetas se amenazaban a otros con sus rayos azules.

Aquellos planetas dominados por los nahumitas estaban en continua efervescencia, siendo numerosas y continuas las rebeliones, Cuando se producía uno de estos levantamientos de los nativos, el Rayo Azul más próximo caía sobre el planeta rebelde y anulando toda energía eléctrica de sus medios de comunicación y transporte. Sólo la invulnerable Flota Imperial podía actuar en estas condiciones, y las sublevaciones eran rápidamente aniquiladas desde el espacio.

Aún así había en Ragún algunas plataformas lanza-torpedos y algunos reductos fortificados en torno al aparato emisor de rayos. Este consistía en una agrupación de grandes proyectores, cuyos movimientos estaban sincronizados. Hacia esta zona descendió la escuadra terrícola, mas como había que evitar la destrucción del proyector, Miguel Ángel destacó a las falúas armadas de pequeños cañones y ametrallado ras atómicas, de las cuales llevaba por lo menos seis en cada buque.

Unas 40.000 falúas se desprendieron de los buques y picaron hacia las fortificaciones nahumitas para destruirlas una tras otra y silenciar las baterías lanza-cohetes. La lucha fue empeñada y corta…

CAPITULO VI

GOLPE DE FORTUNA

La escuadra terrícola no permaneció más de cuatro horas en el planeta Ragún. Apenas quedó silenciado el último foco de resistencia, y mientras se procedía a la requisa de las armas y las escafandras nahumitas que todavía podían ser utilizadas, Miguel Ángel visitó personalmente al almirante Mendizábal, trasladándose en una falúa al crucero sideral de éste. El profesor Campión le acompañaba.

El contramaestre dio los silbidos de ordenanza cuando el joven caudillo salió de la esclusa de recepción de botes y pisó la cubierta inferior del buque. El almirante Mendizábal salió a su encuentro y le estrechó la mano con fuerza.

- Enhorabuena -le dijo-. La táctica inicial de esta batalla no pudo ser más acertada. Hemos barrido al enemigo en el espacio y somos dueños de Ragún.

- Sí-dijo Miguel Ángel-. Hemos tenido suerte, por primera vez desde que nuestro autoplaneta llegó a esta galaxia. El objetivo número uno se ha alcanzado según lo previsto. Ahora, tal y como acordamos al planear el golpe de mano, usted deberá quedarse en Ragún con un destacamento de destructores y los cruceros llenos de gente. Este destacamento será demasiado débil para rechazar a las fuerzas siderales que sin duda enviarán los nahumitas para reconquistar su planeta, pero le bastará para sofocar cualquier nuevo conato de

resistencia. El profesor Campión se quedará con ustedes para dirigir el tiro del proyector de rayos azules.

- De acuerdo -dijo Mendizábal mirando al sabio oceánide-. ¿Pero no deberíamos comprobar que el proyector funciona? Sería chusco que se presentaran ustedes ante el autoplaneta y que al pedirnos que lanzáramos el Rayo Azul resultara imposible.

- Querrá usted decir que sería trágico -repuso Miguel Ángel sonriendo-. Esperemos que no suceda así. De todas maneras, el profesor Campión examinará esa máquina. Si tiene alguna avería de consideración la verá en seguida y podrán avisarnos antes de que lleguemos sobre el autoplaneta. No podemos perder ni un segundo. La guarnición de Ragún habrá radiado la noticia de nuestro asalto a los otros planetas nahumitas. No tardarán en presentarse aquí buques de refuerzo.

- Confío en que lleguen demasiado tarde para impedir que utilicemos su Rayo Azul contra nuestro orbimotor.

- Seguramente llegarán tarde. Los planetas nahumitas están más lejos de Ragún, que nosotros de Valera. Hemos de ganarles esa carrera. Pero tenga los ojos bien abiertos. Si los nahumitas llegaran antes que nosotros a Valera, ya sabe lo que debe hacer.

- Sí. Destruir la máquina de rayos y escapar para reunirme con ustedes.

- Exactamente -murmuró Miguel Ángel. Y estrechando primero la mano del oceánide y luego la del almirante Mendizábal, añadió: -Me despido de ustedes hasta que volvamos a vernos.

- Que sea en la sala de control de Valera -dijo Mendizábal.

- Dios lo quiera así -repuso el joven-. Hasta la vista.

El contramaestre dio de nuevo el toque de ordenanza cuando el joven se introducía por la escotilla del compartimento de botes. Debajo de la escotilla se abría la portezuela de la falúa. El piloto cerró la portezuela a la vez que desde arriba cerraban la escotilla de la cámara. Entonces las compuertas se abrieron y la falúa salió al espacio navegando con rapidez hacia el crucero Filadelfia.

Aunque la falúa volaba dentro de la atmósfera de Ragún, el aire era tan rarificado en aquellas alturas que el cielo aparecía completamente negro por en cima de la cabeza de Miguel Ángel. En aquel cielo oscuro brillaban lejanas las estrellas. Los planetas nahumitas no se divisaban a simple vista y el propio sol quedaba reducido al tamaño de una naranja brillante en el fondo del espacio.

Veía Miguel Ángel deslizarse bajo sus pies el desolado campo de hielo del planeta. En el horizonte se levantaban las gigantescas setas radioactivas de las explosiones atómicas. Nubes radioactivas más pequeñas cerníanse sobre los puntos donde los destructores y las canoas habían destruido las plataformas lanza-cohetes y los reductos

fortificados de la guarnición nahumita. Aquí y allá desplazábanse con lentitud algunos destructores. El grueso de la escuadra esperaba llenando toda una parte del horizonte visible.

Unos minutos más tarde, la falúa se acogía a la esclusa del crucero Filadelfia. Al entrar en el buque, el contramaestre dio el toque de silbato reglamenta rio. Miguel Ángel fue a la cámara de derrota y dio la orden de partida. La escuadra se elevó abandonando la atmósfera de Ragún y se adentró en el espacio acelerando constantemente.

Había empezado la carrera de velocidad contra los nahumitas. Estos, conocedores sin duda del ataque de que acababa de ser objeto Ragún, se apresurarían a expedir una escuadra desde los planetas más próximos a menos que tuvieran alguna fuerza en el espacio y la enviaran en auxilio de Ragún, en cuyo caso se presentarían sobre el planeta atacado antes de lo que Miguel Ángel y su Estado Mayor habían calculado.

Las distancias eran tan enormes en el espacio que, pese a la delirante velocidad de las aeronaves siderales, éstas invertirían casi un día entero en llegar a Valera. Miguel Ángel durmió doce horas de un tirón y volvió a enfrentarse con la situación más sereno y seguro de sí mismo. José Luis Balmer estaba en la cámara de derrota con la princesa Ondina.

- ¿Hay alguna novedad? -dijo Miguel Ángel.

- Ninguna -contestó José Luis-. Hace unos momentos establecimos contacto por radio con el destacamento de Ragún. El almirante Mendizábal esperaba la orden para lanzar el Rayo Azul.

- Eso quiere decir que la máquina está en perfecto estado, ¿no?

- Así lo asegura al menos el profesor Campión, después de haber arreglado algunos pequeños desperfectos causados por nuestras bombas.

Miguel Ángel experimentó un inefable alivio.

- Bien -dijo consultando el reloj eléctrico de la cabina-. Ya es hora de que lancemos el Rayo Azul. Si esperamos más tiempo podemos ser divisados desde Valera y descubrir nuestros propósitos al enemigo. Llama al almirante Mendizábal en seguida.

Mientras José Luis manipulaba ante el aparato emisor de radio, el comandante del buque mostraba a Miguel Ángel, a petición de éste, una tira de papel que iba saliendo de la ranura de una computadora. En el papel estaba consignada la distancia recorrida por el buque desde que abandonó Ragún, el tiempo invertido, la velocidad, el rumbo y la distancia por recorrer hasta el objetivo; es decir, hasta el autoplaneta Valera.

Cuando el muchacho estaba leyendo las anotaciones de la máquina, uno de los tornavoces dejó oír su grito de aviso:

- ¡Atención! ¡Serviola a comandante! ¡Una fuerza sideral por la

demora cero, uno, siete! ¡Distancia, diez millones quinientos mil kilómetros!

El comandante del buque y Miguel Ángel Aznar dieron un brinco al mismo tiempo.

- ¡Ira de Dios! -exclamó Miguel Ángel-. ¡Con esto no contábamos! Los nahumitas envían refuerzos a Ragún… ¡pero los envían desde Valera.

- Mala suerte -masculló el comandante-. Si nos descubren estamos listos.

Miguel Ángel experimentó una aguda sensación de frío. ¿Cómo no pensó nadie en la posibilidad de que los nahumitas enviaran en auxilio de Ragún a parte de las fuerzas siderales que tenían guarneciendo a Valera? Valera era el planeta más próximo a Ragún, de manera que no resultaba extraordinario que el enemigo, alarmado por la incursión de la escuadra terrícola, retirara buques del orbimotor mandándolos urgente mente en ayuda de Ragún.

- ¡Hay que alterar el rumbo inmediatamente! -rugió abalanzándose sobre el aparato emisor transitor.

- Es tarde -dijo José Luis volviéndose en el asiento que ocupaba ante el aparato de radio-. Si nuestros serviolas electrónicos han descubierto al enemigo, éste nos habrá visto también al mismo tiempo.

- Tal vez no -dijo Miguel Ángel dando vueltas al botón interruptor del aparato emisor transitor-. Hemos comprobado que nuestro material es de calidad superior al nahumita. Cabe en lo posible que la vista de nuestros serviolas robot tenga un alcance muy superior al enemigo.

- ¡Pero es imposible virar ahora sin acercarnos al enemigo, señor Aznar! -exclamó el comandante del buque-. ¡Llevamos tanta velocidad que la misma inercia nos pondrá dentro del alcance de los serviola nahumitas antes de que podamos alejarnos!

Miguel Ángel se detuvo en el acto de ir a dar la orden ante los micrófonos del aparato transitor. Rechinó los dientes. La escuadra, después de varias horas de continuo acelerar, llevaba tal impulso que serían necesarios muchos millones de kilómetros para alterar el rumbo. El encuentro era inevitable, a menos que los serviolas fueran ciegos. Tal vez lo más sensato fuera continuar adelante.

- ¡Maldita sea! -rugió-. ¡Si al menos conociéramos la importancia de esa escuadra!…

- El serviola robot nos dará el número de buques dentro de breves instantes -aseguró el comandante del crucero.

Miguel Ángel quedó indeciso unos minutos. En esta pausa llena de dramatismo repiqueteó un timbre y José Luis Balmer se volvió hacia su amigo.

- El almirante Mendizábal espera junto al aparato. El muchacho cruzó la cabina para tomar el radioteléfono que le tendía José Luis.

- ¡Hola! -gangueó la voz de don Gregorio Mendizábal en el oído de Miguel Ángel-. ¡Aquí el almirante Mendizábal!

- Le habla Miguel Ángel Aznar, almirante. Le llamo para decirle que puede poner a funcionar esa endiablada máquina y lanzar el Rayo Azul.

- ¡Ah, bien! Todo marcha perfectamente, ¿no es cierto?

- ¡No¡-contestó Miguel Ángel-, Nuestros serviolas acaban de denunciar la presencia de una escuadra por proa.

- ¡Válgame Dios! -exclamó el almirante-. ¿Es muy numerosa esa escuadra?

- Lo ignoramos. Está lejos todavía. Pero viniendo de donde viene sería inútil hacerse la ilusión de que es pequeña. Los nahumitas, sin duda, han decidido enviar refuerzos a Ragún desde nuestro autoplaneta.

- ¡Por cien mil diablos! -barbotó la distante voz de don Gregorio Mendizábal-. ¿Qué piensa hacer?

- Seguir adelante.

- ¿Está loco?

- No podemos hacer otra cosa. Estuvimos acelerando desde que salimos de Ragún y volamos como meteoros. No podemos detenernos y virar en redondo. Lo más que podemos hacer es desviarnos hacia un lado u otro aunque, naturalmente, el enemigo verá nuestra maniobra y saldrá a cortarnos el paso. ¡Si al menos supiéramos…!

El bramido del tornavoz ahogó la exclamación de Miguel Ángel:

- ¡Atención! ¡Serviola a comandante! ¡Escuadra sideral por la demora cero, uno, siete! ¡Distancia, diez millones de kilómetros! ¡Número… veinte mil! ¡Velocidad…!

- ¡Veinte mil buques enemigos! -exclamó Miguel Ángel sin prestar atención a la voz del serviola. ¿Ha oído usted, don Gregorio?

- Le oigo, hijo mío -repuso gravemente la voz del almirante.

- ¡Atención! -volvió a gritar el tornavoz-. ¡Escuadra identificada propia… ¡ Diez mil acorazados… diez mil cruceros…!

La sangre se heló en las venas de Miguel Ángel.

- ¡Son nuestros! -chilló José Luis Balmer pegando un brinco que casi le llevó a tocar el techo con la cabeza-. ¡Nuestros, Miguel Ángel! ¡No es una escuadra nahumita en ruta hacia Ragún, sino un grupo de nuestros buques conducidos por control remoto hacia la cautividad!

Miguel Ángel buscó a tientas el apoyo de un sillón. Las piernas le temblaban negándose a sostenerle. La noticia era tan magnífica e inesperada, abría ante sus ojos tal cúmulo de maravillosas posibilidades, que éstas se apelotonaban en su cerebro causándole una turbación intensa.

Durante unos minutos, el asombro y la alegría le dejaron sin habla. No así a José Luis Balmer, al comandante del buque ni al vicealmirante don Gregorio Mendizábal. El radioteléfono que Miguel Ángel sostenía en su temblorosa mano dejaba oír la regocijada voz del almirante Mendizábal:

- ¡Maravilloso, señor Aznar... maravilloso! ¡Este sí que es un auténtico golpe de suerte! ¡Esos buques nuestros deben de ir repletos de cautivos hacia los planetas nahumitas! ¡Qué cosa tan estupenda si pudiéramos apoderarnos de ellos!

En la embotada mente de Miguel Ángel las últimas palabras de don Gregorio penetraron con la violencia de un hachazo. ¡Apoderarse de aquellos veinte mil cruceros y acorazados!

Súbitamente, lanzando una ahogada exclamación de alegría, empuñó con mano crispada el radioteléfono y lo aplicó a su oído.

- ¡Oiga, don Gregorio! -bramó como un energúmeno-. ¡Podemos meternos esa escuadra en el bolsillo ahora mismo...! ¡Lance usted su Rayo Azul contra el autoplaneta Valera! El aparato emisor transitor que dirige por control remoto a esa escuadra dejará de funcionar en el mismo momento en que el Rayo Azul arrebate a Valera toda su energía eléctrica! ¿Comprende usted? ¡El emisor transitor que controla a esos buques dejará de funcionar... y entonces el aparato transitor que yo tengo aquí podrá interferir la onda de Valera y adueñarse del control de esa escuadra!

- ¡Pues claro que sí! -chilló el almirante Mendizábal desde varios millones de kilómetros de distancia-. ¡Lo he comprendido perfectamente! ¡Es todo tan sencillo que cuesta de creer!... Pero espere, voy a decirle al profesor oceánide que ponga a funcionar el Rayo Azul. ¡No pierda el contacto conmigo! ¡Quiero saber todo lo que pasa ahí... deje el radioteléfono descolgado, por cien mil diablos de a caballo!

Miguel Ángel rió mientras depositaba el radioteléfono sobre el receptor. Al levantar los ojos se encontró ante las glaucas pupilas de Ondina, que le miraban a través del cristal y del agua de su yelmo en una expresión entre gozosa y asustada.

- ¿Qué ocurre, Miguel Ángel? -interrogó-. Como hablabais en vuestra lengua no he entendido una sola palabra. Pero parece que os alegráis. ¿Por qué?

- Mi querida Ondina -rió Miguel Ángel apoderándose de una de las palmeadas manos de la oceánide-. Nuestros vigías electrónicos acaban de avistar una escuadra sideral compuesta por diez mil cruceros como éste y diez mil acorazados de línea. ¡Pero esos veinte mil buques son nuestros! ¿Entiendes? Pertenecen a nuestra Armada.

- Pero si esos buques proceden del autoplaneta, aunque antes hayan sido vuestros, operarán como si fueran extraños. ¿No?

- No, Ondina. No digo que algún día tengamos que trabar combate con antiguas unidades de nuestra flota. Los nahumitas efectuarán algunos cambios en los controles y las tripulaciones robot de nuestros buques haciendo que éstos combatan contra nosotros. Pero para hacer esa transformación los nahumitas necesitarán de bastante tiempo. No creo posible que esos veinte mil buques que vienen a nuestro encuentro hayan sido transformados en tan poco tiempo. Creo más bien que se trata de unidades mandadas por control remoto, bajo la inspección nahumita, como es natural. Si es así podremos apoderarnos de ellos. Tu amigo el profesor Campión lanzará ahora el Rayo Azul de Ragún contra nuestro autoplaneta. Valera perderá su energía eléctrica, el aparato transitor que dirige esta escuadra dejará de funcionar y entonces nuestro aparato transitor entrará en acción adueñándose del control de los cruceros y acoraza dos. ¿Has comprendido? -gritó Miguel Ángel en idioma nahumita. Y sin esperar la respuesta de la mujer-rana se abalanzó sobre el aparato emisor transitor.

El transitor era una modalidad de la emisora de radio de onda modulada. Servía para manejar por control remoto a los buques siderales y su única diferencia con una emisora de radio corriente consistía en que, mientras un transitor estaba mandando a un grupo determinado de buques, ningún otro transitor, aunque fuera más potente, aunque estuviera más próximo, ni aunque usara la misma longitud de onda, podía arrebatarle el control que estaba ejerciendo sobre su grupo. Mientras el transitor estuviera funcionando sería el dueño absoluto de los buques pues tos bajo su mando.

En el presente caso, la flota que iba a cruzarse con la de Miguel Ángel estaría, como todas, controlada a distancia por un emisor ubicado en el autoplaneta Valera. Aunque Miguel Ángel llevaba a bordo de su crucero un aparato transitor, no podía arrebatarle aquellos 20.000 buques a Valera en tanto el transitor de éste estuviera en acción. Pero precisamente cuando el Rayo Azul conquistado en Ragún cayera sobre el autoplaneta, éste perdería toda su energía eléctrica y los aparatos del orbimotor dejarían de funcionar. En el intervalo, el aparato emisor transitor de Miguel Ángel podía apoderarse del control de la escuadra en ruta. Aunque Valera recobrara la energía eléctrica y el transitor situado allá volviera a funcionar, sería impotente para recuperar los aparatos per didos y puestos bajo el control del transitor de Miguel Ángel.

- ¡Atención! -gritó José Luis Balmer señalando la pantalla de T. V.-. ¡Ahí viene el Rayo Azul!

La pantalla de televisión enmarcaba un rectángulo del negro espacio sideral. En éste brillaban las estrellas como diminutas punzadas de luz. De uno de estos astros, del planeta Ragún, acababa de salir una delgada línea azul que se estiraba prodigiosamente

aumentando de grosor según se acercaba a la escuadra terrícola.

El rayo, viajando en línea recta invirtió breves minutos en llegar hasta la escuadra y pasar cerca de ella como una exhalación. Prosiguió su raudo vuelo, dejó atrás a los 20.000 buques que llegaban de Valera y cayó sobre el famoso orbimotor envolviéndolo en un fantástico halo azul-verdoso.

- ¡Hurra…hurra! -gritaron José Luis Balmer y el comandante del buque. Y como un eco llegaron desde diversos puntos del navío otros vibrantes «hurras» salidos de las gargantas de la tripulación, entre la cual había circulado la estupenda noticia.

- ¡Ahora! -gritó Miguel Ángel a su amigo-. ¡Pon en marcha el emisor transitor!

El muchacho no se hizo repetir la orden. Saltó sobre el transitor y empezó a hacer girar botones con verdadero entusiasmo. Mientras, Miguel Ángel pulsó un botón que hizo bajar hidráulicamente el robusto árbol de un periscopio. Este se manejaba de manera idéntica a la de un submarino. El joven empuñó los manguitos y lo hizo girar hasta apuntar a la escuadra.

La tremenda velocidad de la escuadra de Miguel Ángel, unida a la velocidad respetable que traían los cruceros y acorazados, había aproximado considerablemente a ambos grupos. Por medio del potente telescopio, Miguel Ángel pudo ver los gigantescos acorazados como si éstos estuvieran a sólo quinientos metros. En el casco de los colosos se podía leer con bastante claridad las siglas y número de estos buques.

- Todos los acorazados son de la serie «LI». Los cruceros pertenecen a la serie «TE» -murmuró. Y plegando los manguitos volvió a remitir el periscopio a su cavidad del techo.

- ¡Listo para funcionar! -anunció José Luis.

Miguel Ángel empuñó el micrófono que le tendía su amigo. Los ojos de los dos muchachos se encontraron por encima del aparato. En los de José Luis había excitación. En los de Miguel Ángel, miedo.

- ¡Animo! -gruñó José Luis roncamente.

Miguel Ángel carraspeó, empuñó con más fuerza el micrófono y gritó:

- ¡Atención…! ¡Todos los acorazados «LI» y todos los cruceros «TE»! ¡Viren grados ocho a estribor!

El joven repitió la orden mientras todos cuantos se hallaban en la cámara de derrota se agrupaban en torno a la pantalla de televisión. En la pantalla, los buques aparecían del tamaño de dos pulgadas y sólo una pequeña fracción de la escuadra cabía en ella.

Los ojos, lacrimosos a fuerza de fijos, estaban clavados en la pantalla. De pronto, toda la escuadra en peso empezó a virar.

- ¡Viran! -chilló José Luis ensordeciendo a todos-. ¡Obedecen, son

nuestros, les hemos capturado en nuestro transitor!

Sólo un par de semanas atrás, Miguel Ángel habíase apoderado de los ocho mil destructores y cruceros que le seguían en la actualidad por un procedimiento parecido. En aquella ocasión, los oficiales de la sala de control del autoplaneta, en complicidad con Miguel Ángel, habían interceptado por breves segundos la emisión de un aparato transitor ante las mismas barbas de los oficiales nahumitas que les vigilaban. En el fugaz intervalo, el emisor transitor de Miguel Ángel se apoderó de la pequeña escuadra, en cuyos buques marchaban camino de la cautividad medio millón de valeranos.

Miguel Ángel creía estar viviendo de nuevo aquella emocionante jornada. Sabía punto por punto lo que debería hacer: Ordeñar por el transitor a los copilotos de los buques rescatados que abrieran las puertas de los compartimentos estancos… conectar con los aparatos receptores de televisión de las cabinas de control para que todos los ocupantes de los navíos, si los había, le pudieran ver simultáneamente y escuchar su voz. Luego, la breve explicación… las exclamaciones de sorpresa y los gritos de júbilo de los cautivos libertados…

***

Diez horas más tarde, Miguel Ángel descendía hasta la cubierta de botes del crucero para recibir al general don Antonio Aznar. El general, de cuya presencia en uno de los acorazados rescatados se había enterado el muchacho por medio de la radio, era un primo carnal de su padre.

Mientras aguardaba con los ojos fijos en la escotilla de una esclusa de recepción de botes, Miguel Ángel preguntábase lleno de inquietud qué nuevas le traería su querido tío. El joven no tenía noticias de la suerte que hubieran podido correr su madre y sus abuelas después que él las dejó el mismo día de la rendición de Valera.

Una lucecilla roja se encendió en un cuadro de la pared. La falúa que conducía al general acababa de entrar en la esclusa. Escuchóse el apagado silbido del aire que invadía la cámara de recepción. Un grupo de tripulantes se acercó. Miguel Ángel avanzó también hasta quedar junto a la trapa de la escotilla.

La luz roja del cuadro se apagó, encendiéndose en su lugar una verde. El cierre de presión giró y los astronautas se inclinaron para tirar de la trapa…

La primera cabeza que surgió por el agujero fue la de un hombre que vestía un estropeado uniforme de almirante de la Armada Sideral Expedicionaria. El rostro de aquel hombre estaba contraído violentamente por la agitación y la alegría.

- ¡Soy el almirante José Aroa! ¡Viva Valera! ¡Viva Miguel Ángel

Aznar! -gritó como un poseído mientras los astronautas tiraban de él y lo ponían derecho sobre la cubierta de botes.

Detrás del almirante asomó la cabeza y los hombros un hombre que representaba tener unos 30 años. Miguel Ángel reconoció enseguida aquella cara morena, donde los ojos oscuros y vivaces brillaban febriles. Era don Antonio Aznar. El hombre vio a Miguel Ángel y lanzó un grito ronco:

- ¡Miguel Ángel… sobrino!

- ¡Tío Antonio! -gritó a su vez el muchacho asiendo las dos manos que salían por el agujero.

Don Antonio salió en volandas por la escotilla, alzado por los vigorosos brazos de su sobrino y de cuatro o cinco astronautas.

- ¡Muchacho! -exclamó el general abrazándose con fuerza a Miguel Ángel.

En este momento escuchóse un grito de mujer que procedía de la esclusa:

- ¡Miguel Ángel… hijo mío!

El corazón de Miguel Ángel Aznar quedó paralizado. Los ojos del muchacho se hundieron en la escotilla y se dilataron de pasmo al ver asomar un bello rostro de mujer, pálido y mojado de lágrimas.

- ¡Madre! -gritó con voz estrangulada por las lágrimas. Y sus brazos asieron al cuerpo amado levantándolo en el aire como a una pluma.

CAPITULO VII

OBJETIVO NUMERO DOS

El zumbador de un radiovisor dejó oír su insistente mosconeo cortando bruscamente la conversación. Miguel Ángel alargó la mano y dio vuelta al interruptor. En la pantalla apareció en color y en relieve la imagen del comandante del crucero Filadelfia.

- Con permiso, señor -dijo el oficial por un oculto tornavoz-. Autoplaneta Valera a la vista. Nuestro serviola electrónico contabiliza cincuenta mil buques enemigos anclados en torno al orbimotor. ¿Hay alguna orden?

- Estaré ahí dentro de dos minutos -contestó Miguel Ángel. Y cerró la comunicación poniéndose lentamente en pie.

Doña Mercedes de Aznar y don Antonio Aznar alzaron sus ojos hacia el muchacho, envolviéndole en una mirada de extrañeza y orgullo. Ninguno de los dos podía acostumbrarse a la idea de que Miguel Ángel, el benjamín de la familia, estuviera vivo y encaramado en el más alto puesto de las Fuerzas Armadas.

A su vez, Miguel Ángel sentía su cerebro lleno de brumas, pareciéndole en este instante que despertaba de una horrible

pesadilla. Durante horas, después de la emoción del inesperado encuentro, madre e hijo, con frecuentes intervenciones del general, habíanse relatado sus respectivas aventuras desde que el auto planeta Valera cayó en manos de los invasores nahumitas.

Por su aspecto físico, y a pesar de contar con cerca de ochenta años, la señora Aznar podía pasar perfectamente por hermana de sus hijos. Su hermoso cuerpo conservaba toda la flexible esbeltez de una muchacha de veinte años. En la palidez nacarada de un rostro fresco y bello lucían sus ojos, grandes, profundos y negros como una noche sideral.

Los terrícolas habían conseguido multiplicar por tres y a veces hasta cuatro el período normal de vida que tenían los hombres del brumoso siglo XX. Una vida sana y sin preocupaciones, una higiene extremada y una adecuada alimentación, realizaban el milagro de retardar, ya que no de evitar en absoluto la vejez.

Esta auténtica juventud acababa de salvar a doña Mercedes del desastre. Los nahumitas, apenas entra ron en el autoplaneta como vencedores, procedieron a evacuar a los ochenta millones de habitantes de Valera.

Pero no todos los valeranos fueron encerrados en los buques de la Armada Sideral terrícola y conducidos por control remoto hasta los planetas nahumitas, donde servirían de esclavos. La narración de doña Mercedes y del general estaba salpicada con la descripción de horribles matanzas, inhumanos martirios, persecuciones, violaciones y atropellos.

Pese a poseer una técnica tan avanzada como la terrícola, los nahumitas no habían salido apenas de la brutalidad de la infancia del género humano. La Bestia Gris, el enemigo tradicional de la civilización cristiana, no podía jactarse de haber sido más brutal que los nahumitas en su trato a los vencidos terrícolas. Aquellos de éstos que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para servir de esclavos a los nahumitas, fueron fría y tranquilamente condenados a ser con vertidos en ceniza dentro de los gigantescos hornos de fundición dé las fábricas de Valera. Las abuelas de Miguel Ángel habían formado en una de estas interminables «columnas de la muerte» para, después de andar centenares de kilómetros bajo los golpes del látigo nahumita, ser arrojados en las ardorosas e insaciables entrañas de aquellos hornos.

Aunque su madre se había salvado, la noticia del sacrificio de sus abuelas venía a colmar la desdicha de Miguel Ángel. Su tatarabuelo, Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario y del autoplaneta Valera, habíase tenido que suicidar ingiriendo un activo veneno para eludir el interrogatorio de los nahumitas y denunciar la situación de los planetas terrícolas. El bisabuelo de Miguel Ángel, almirante de la

Armada, siguió a su padre en el suicidio. El abuelo y el padre de Miguel Ángel, vicealmirante y contralmirante de la Armada respectivamente, habían sido arrastrados y muertos por la enfurecida plebe de Valera. Todos ellos eran Aznares, habían servido fielmente a su Patria y habían perecido por su pueblo o a manos de su enloquecido pueblo. Miguel Ángel era el último descendiente por rama directa de una larga familia cuyas sucesivas generaciones habían ostentado siempre el supremo mando, el mando del autoplaneta Valera.

Ahora, después de escuchar el relato de las penalidades de su madre y de su tío, Miguel Ángel creía despertar de una horrenda pesadilla para encontrarse a sí mismo extraño en medio de una situación excepcional. Pese a su inexperiencia y a sus veintidós años, era ahora el jefe supremo de las fuerzas que pretendían rescatar el autoplaneta.

- ¿Estáis seguros de que vuestro grupo era el último que quedaba en Valera -preguntó mirando a don Antonio.

- ¡Hombre, Miguel Ángel! -exclamó el general-. No puedo decir que haya registrado con mis propios ojos todo Valera. Simplemente, lo oí decir a los propios oficiales nahumitas cuando nos llevaban a tu madre y a mí hacia el acorazado.

- Lamentaría tener que ser el verdugo de mis propios hermanos -murmuró Miguel Ángel-. Me pro pongo hundir con torpedos algunas de las compuertas de Valera para que escape el aire que hay dentro. Otra cosa que quisiera saber es si quedan muchos de nuestros buques de guerra en el interior de Valera.

- He visto muchos buques siderales en Valera. En los primeros días que siguieron a la invasión los nahumitas se llevaron de Valera cuatro de las veinte flotas siderales. Luego debieron cambiar de idea y sólo expidieron a sus planetas los buques necesarios para llevar a los prisioneros que no mataron. Creo que han decidido transformar nuestra Armada en el propio Valera, tal vez porque han encontrado en éste material y utillaje de sobra. He oído decir que los nahumitas están adaptando su equipo electrónico a gran número de nuestros buques, y que aquellos que no están en grada esperan el turno para ser convertidos en instrumentos de guerra que obedezcan al idioma nahumita.

Las oscuras pupilas de Miguel Ángel se iluminaron de alegría y esperanza.

- Si tus informes son ciertos, deben de quedar según ellos unos dos millones de navíos en Valera -murmuró con voz enronquecida por la emoción.

- Una cifra así calculaba yo. Súbitamente, la mirada de Miguel Ángel se ensombreció.

- Si tenemos suerte en nuestro golpe de mano contra Valera

podremos salvar todavía a dos terceras partes de nuestras fuerzas siderales y a todo el Ejécito Autómata -suspiró-. Pero lo más importante, lo que no se puede construir ni reemplazar, nuestros ochenta millones de valeranos… ¡están irremisible mente perdidos!

- No todos. Al apoderarte de los primeros ocho mil destructores y cruceros, hace quince días, rescataste a medio millón de hombres y mujeres. En los veinte mil acorazados y cruceros de hoy van por término medio unos doscientos valeranos más, que suman allá por los cuatro millones quinientos mil valeranos, todos los cuales te deben la libertad.

- La deben a la suerte -protestó Miguel Ángel-. Realmente, la fortuna nos ha sonreído hoy al poner en nuestras manos a veinte millares de grandes buques ocupados por cuatro millones de seres. Aún si fracasáramos en nuestro intento de apoderarnos de Valera, constituimos un núcleo de importancia.

- El corazón me dice que conseguirás rescatar el autoplaneta, hijo.

- Bueno -refunfuñó don Antonio-. Una batalla no suele ganarse por corazonadas. Vamos a la cámara de derrota, muchacho. Quiero ver de cerca la batalla, y si el ser tío del Almirante en Jefe ha de servirme para algo, te pido que me honres dándome el mando de la Infantería Aérea.

- ¿Pero habrá también una batalla en tierra? -interrogó doña Mercedes alarmada.

- Desde luego, mamá. La Armada, por sí sola, no puede ocupar los objetivos conquistados. Los acorazados que acabamos de rescatar no llevaban sola mente prisioneros. Algunos iban atestados de arma duras de vacío con sus correspondientes «backs». Parece que los nahumitas andan escasos de este material y querían llevarlo a las fuerzas de otros planetas. Esas armaduras nos vendrán de perillas, porque en el interior de Valera, desprovistos de atmósfera, las condiciones de vida serán totalmente imposibles mientras no reparemos las compuertas averiadas y fabriquemos una nueva atmósfera. El mando de las fuerzas terrestres te lo cedo a ti, tío -concluyó diciendo Miguel Ángel.

- Gracias, muchacho. Y ahora, si te parece, vamos allá.

Los dos hombres abandonaron el camarote. La agitación era extraordinaria entre los miembros de la tripulación del crucero cuando Miguel Ángel y el general andaban camino de la cámara de derrota.

Había cundido la noticia de que los nahumitas tenían aún en el autoplaneta la mayor parte de la Armada terrícola. Aunque Valera era ya de por sí un objetivo precioso, capaz de estimular las energías de todo buen terrícola, la presencia en él de las dos terceras partes de las fuerzas siderales lo hacía aún más codiciado a los ojos de los hombres que habían nacido y vivido en él.

El prestigio y la popularidad del joven caudillo había subido

vertiginosamente como la espuma en un vaso de cerveza. Semanas atrás, en la amargura y la confusión de la derrota, el pueblo valerano había abominado de sus jefes. Hoy, sin embargo, el apellido Aznar volvía a elevarse nimbado de gloria para reintegrarse al pedestal que durante siglos ocupara. A su paso por los corredores del navío, las mujeres y los hombres de la dotación sonreían al caudillo con los labios y le envolvían con miradas de simpatía y admiración.

Muchos se ponían de lado para que Miguel Ángel pudiera ver el emblema de la «tribu» Aznar que había vuelto a aparecer en las mangas de muchas guerreras que fueron despojadas de él en los momentos trágicos de la derrota. Volvía a ser motivo de orgullo tener el apellido Aznar y poder ostentar muy visible si emblema de la famosa tribu.

En la sala de derrota, el almirante Aroa, con el uniforme hecho jirones, se desgañitaba ante una fila de radioteléfonos dirigiendo la difícil operación de trasbordar gente con las falúas a los acorazados que venían repletos de «backs» y de armas automáticas para la infantería aérea.

El inesperado encuentro con la fuerza de acorazados y la feliz liberación de éstos no había alterado en lo más mínimo los planes de Miguel Ángel. Los había complementado y en la misma medida también lo complicó. Puesto que ahora disponían de equipo para la infantería, les era dado poder desembarcar en el interior de Valera una numerosa fuerza de invasión para que ocupara los puntos estratégicos de más importancia. Entre estos puntos se contaba la sala de control del autoplaneta, desde la cual podían manejarse por control remoto las defensas exteriores, así como controlar las compuertas por las cuales debería entrar la armada liberadora.

Trasbordar soldados desde unos buques a otros sin detener la marcha precisaba de tiempo. Aroa hacía aumentar constantemente el número de veteranos armados de ametralladoras y provistos de «backs» mientras transcurrían las horas y la escuadra se acercaba al autoplaneta.

A través del telescopio electrónico, Valera aparecía tan aumentado que no sólo podían verse todos los accidentes de su polvorienta superficie, sino también a los buques enemigos que daban vueltas en torno a él como perros pastores. A la sazón, y falto de energía eléctrica, Valera no podía servirse de sus defensas de superficie ni podía tampoco abrir las compuertas que daban acceso a su interior hueco.

En su plan primitivo Miguel Ángel confiaba en utilizar la misma salida secreta que les sirvió para escapar del autoplaneta, y llegar a través del ascensor y el pasadizo secreto a la sala de control. Sin embargo era muy aventurado suponer que los nahumitas, dueños del

autoplaneta desde hacía varias semanas, no hubieran inspeccionado todas las entradas, de Valera, acabando por descubrir la esclusa escondida en el fondo de un cráter.

Ahora, con su escuadra notablemente reforzada, llevaría a cabo simultáneamente los dos ataques. Una pequeña fuerza de «comandos» intentaría llegar hasta la sala de control por el pasadizo secreto, mientras la Fuerza Sideral trataba de hundir otras cincuenta compuertas para facilitar la entrada de la escuadra, en el supuesto de que los «comandos» no llegaran antes a la sala de control.

Plegando las manguetas del periscopio y remitiendo a éste a las alturas del techo, Miguel Ángel se preparó para la inminente batalla. La escuadra nahumita había divisado ya a la terrícola y aprestábase a la defensa de Valera.

- Almirante Aroa -dijo el joven-, deje la operación del transbordo en manos de mi tío. El es ahora el jefe de operaciones terrestres. Usted será mi ayudante. Tome el transitor y ordene a nuestra escuadra que empiece a frenar.

- De mil amores -dijo Aroa poniendo en manos de don Antonio un par de radioteléfonos para ir a tomar el micrófono del emisor transitor.

Mientras la escuadra terrícola frenaba el tremendo impulso cobrado durante la carrera, los preparativos continuaban y crecía el nerviosismo. A 500.000 kilómetros de distancia del autoplaneta, los buques enemigos aparecían ante el periscopio electrónico tan aumentados que eran perfectamente visibles los caracteres nahumitas pintados sobre sus negros cascos. Los nahumitas ejecutaron una curiosa maniobra. Toda la flota había ido a sumergirse en la azulosa luz del rayo procedente de Ragún.

- ¿Por qué harán eso? -interrogó Ondina.

- Es muy sencillo -repuso José Luis-. Buscan la protección del Rayo Azul. Sus buques, ya lo sabes, están inmunizados contra él y pueden operar donde los nuestros quedarían sin energía eléctrica.

- ¿Y en qué puede protegerles eso? Vuestros buques no entrarán en el Rayo Azul, pero podéis disparar vuestros torpedos desde fuera de él.

- Nuestros torpedos funcionan también eléctricamente -advirtió José Luis-. Aunque entren en el Rayo Azul por el impulso que lleven al ser lanzados, allí no funcionarán los detonadores ni habrán explosiones.

- ¿Quieres decir que por más torpedos que les lancéis ninguno hará daño a los nahumitas? -interrogó la princesa Ondina desolada.

- Exactamente. Nuestros torpedos no han podido ser inmunizados contra el Rayo Azul. En cambio, los nahumitas nos abrumarán con sus proyectiles desde el resguardo que les ofrece ese condenado rayo.

- Tenía entendido que el profesor Campión había estado dedicado a

dotar vuestros torpedos de coraza electrónica protectora.

- En efecto. Pero con los escasos medios que teníamos a bordo de nuestros buques sólo pudo inmunizar a unos cuantos. Estos no bastan, ni mucho menos, para una batalla sideral en la escala de la que tendrá lugar dentro de poco. Sin embargo serán suficientes para torpedear las compuertas de la es clusa por donde ha de escapar el aire de Valera.

- Los dioses nos vuelven la espalda -murmuró la princesa oceánide-. En esto no habíamos pensado.

- Te equivocas -repuso José Luis-. Habíamos pensado en ello. Sabíamos que los nahumitas buscarían la protección que el Rayo Azul les proporciona.

- ¿Y qué haremos en este caso?

- Nos acercaremos a Valera por el hemisferio contrario a aquel donde está el Rayo Azul. Lanzaremos torpedos, aunque no con la esperanza de destruir a los buques enemigos, sino para destruir en el espacio a los torpedos de éstos. Nuestra actitud será puramente defensiva mientras el destacamento de destructores torpedea las compuertas de medio centenar de esclusas con los torpedos inmunizados con el Rayo Azul por el profesor Campión.

- ¿Y qué se adelantará con ello? Aunque las compuertas estén rotas y la atmósfera de vuestro mundo se escape por allí, nuestros buques no podrán entrar en Valera mientras pese sobre éste el Rayo Azul.

- En este momento pediremos por radio al profesor Campión que interrumpa la emisión del Rayo Azul. En ese instante, el destacamento entrará en Valera. Al interrumpirse el Rayo Azul la escuadra nahumita habrá perdido su invulnerabilidad quedando expuesta a nuestros torpedos atómicos. Lo que ocurra luego está en la mano de Dios. El enemigo nos dobla en número y con toda seguridad tienen más buques dentro de Valera. Pero nuestros navíos son mejores y más potentes, especialmente nuestros acorazados. Si barremos al enemigo en el espacio, el autoplaneta caerá irremisiblemente en nuestras manos.

- ¿Y qué ocurrirá si la batalla aérea seprolonga tanto que da tiempo a los nahumitas para enviar re fuerzos?

- Mi querida Ondina -sonrió José Luis-. La batalla no puede prolongarse más de lo que nuestras tropas de invasión tarden en ocupar la sala de control de Valera. Desde allí podemos poner en acción nuestras defensas de superficie. Y la Imperial Flota de Nahum en peso se las vería negras para acercarse a Valera teniendo nosotros el control de sus defensas.

Mientras José Luis daba una lección de estrategia a la princesa Ondina, la escuadra contorneaba a Valera desde 500.000 kilómetros de distancia para aproximarse a éste por el hemisferio que no estaba expuesto al Rayo Azul. La masa del planetillo, cuyas dimensiones eran

aproximadamente las del satélite del planeta Tierra, la Luna, quedó interpuesta entre las dos flotas antagonistas.

En este momento, Miguel Ángel empuñó el micrófono del aparato transitor y dio a su escuadra la clave de una formación de combate. Esta formación era la de un cono cilíndrico cuya punta iba dirigida contra la superficie de Valera. El general don Antonio Aznar se despidió de su sobrino para trasladarse en una falúa al destacamento de cruceros que transportaba a las fuerzas de invasión.

- A pesar de que las corazonadas no ganan las batallas -dijo recordando sus propias palabras de una hora antes-, tengo la impresión de que ésta será nuestra. Nos veremos en la sala de control de Valera, Dios mediante.

- Así sea-murmuró el caudillo estrechando la mano de su tío.

El general estrechó también las manos al almirante Aroa, a José Luis Balmer, a la princesa Ondina y al comandante y los oficiales del buque antes de abandonar la cámara de derrota. Los ojos de Miguel Ángel siguieron a las anchas espaldas del general hasta que éste se perdió de vista. Entonces, irguiéndose, empuñó el micrófono y ordenó:

- ¡Zafarrancho de combate! ¡Cierren puertas y compartimentos estancos! ¡Adósense equipos de protección!

Sonaron timbres y cláxones en todos los rincones del buque y en todos los altavoces de la escuadra a la vez. Los oficiales del Filadelfia sacaron de los armarios los trajes de seguridad. Estos no eran otra cosa que armaduras completas de cristal provistas de escafandra, de depósito de oxígeno, de radio y de back. El back era una especie de mochila de dedona que se ajustaba a la espalda y daba al hombre que la llevaba la propiedad de elevarse en el espacio y volar de un lado a otro. Las Ordenanzas prescribían obligatoriamente estos trajes para el caso de que el buque fuera averiado, perdiera su oxígeno o tuviera que ser abandonado. Por esta causa, y por si había que salir al espacio, las armaduras y escafandras eran de un cris tal azul especial, que no permitía el paso de las mortales radiaciones ultravioleta del sol en el vacío interestelar o las atenuaba hasta hacerlas inofensivas.

- Ondina-dijo Miguel Ángel-. Puesto que no tienes nada que hacer, podrías ir en busca de mi madre y asegurarte de que se viste una armadura.

- Iré -aseguró la muchacha.

- También tú debes equiparte con una armadura de vacío, Ondina.

- ¿Pero cómo? Yo respiro del agua.

- Ponte una armadura y haz que tus compañeros te la llenen de agua. Luego te quitas el yelmo, contienes la respiración mientras te encasquetan la escafandra y que te llenen ésta también de agua. Pesarás como un plomo de esta forma y apenas si podrás moverte, pero estarás a salvo si ocurre una catástrofe.

La muchacha asintió y abandonó la cámara. En este preciso instante, los nahumitas largaban una andanada de torpedos autómatas contra la flota de los terrestres. La batalla por la conquista del autoplaneta Valera había comenzado.

CAPITULO VIII

SE LUCHA EN VALERA

Carguen torpedos!

Una andanada de torpedos «paquete» salió lanzada de los buques de guerra terrícolas, surcó el espacio dejando en pos largas estelas luminosas y corrió a interceptar al enemigo.

Los «paquetes» se deshicieron al llegar cerca de los torpedos nahumitas. Los pequeños proyectiles se dispersaron como las ramas de otras tantas palmeras de luz, buscando el cuerpo a cuerpo con los «robot» nahumitas y los derribaron en medio del enceguecedor parpadeo de las explosiones atómicas.

La flota terrícola descendió sobre el planeta. La mole de éste se interponía entre las dos escuadras contendientes. No se veían una a otra, pero los torpedos llegaban volando sobre la superficie de Valera, giraban, pirueteaban y acababan haciendo explosión y cayendo destrozados sobre la costra del planetillo, donde levantaban grandes polvaredas.

Miguel Ángel empuñó el radioteléfono y llamó al almirante Herrera, a cuyo cargo corría el torpedeo de las compuertas de las esclusas valeranas:

- ¡Hola, almirante Herrera! ¡Me permito insinuarle la conveniencia de sacar a su destacamento de destructores y efectuar el torpedeo ahora mismo!

- Soy del mismo parecer, almirante -repuso Herrera, siendo ésta la primera vez que daba este tratamiento al joven caudillo-. ¡Allá vamos!

Miguel Ángel volvió a clavar los ojos en la pantalla de televisión. Vio como el destacamento de destructores se separaba de la formación y picaba raudamente hacia Valera.

A 5.000 kilómetros de altura, los destructores largaron sus torpedos, viraron y se reintegraron a la formación. Los torpedos volaron dejando en el negro espacio sendos penachos de humo y de llamas. Casi con el pensamiento, Miguel Ángel seguía el movimiento de los mecanismos de aquellos instrumentos de destrucción. Todos aquellos torpedos estaban dirigidos por televisión desde los destructores que los lanzaron.

Los oficiales de la Armada sideral terrícola conocían bien la situación y forma de las esclusas que tantas veces utilizaran en el

pasado para entrar y salir de Valera. No podían fallar, y no fallaron.

Al llegar sobre las compuertas hicieron explosión despidiendo una vivísima luz blanca que, brotando de las pantallas de televisión, robó el color de los rostros de cuantos se hallaban junto a Miguel Ángel. El so nido no podía transmitirse allí donde no existía aire. Las mudas explosiones parpadearon en medio de un extraño silencio arrancando grandes bloques de metal de las sólidas compuertas.

Al saltar las compuertas, cierto número de buques nahumitas que se encontraban dentro de los tubos, preparados para salir o disponiéndose a entrar en Valera en el momento en que se verificó el corte de la energía eléctrica, salieron violentamente al espacio impulsados por el aire a presión que llenaba las esclusas.

Esta fue una inequívoca señal de que los objetivos acababan de ser alcanzados. Los torpedos terrícolas cayeron sobre los navíos nahumitas recién salidos al espacio y los derribaron en pedazos sobre Valera, donde hicieron explosión levantando grandes nubes de finísimo polvo.

- ¡Hola, almirante Aznar! -gritó el almirante Herrera por uno de los tornavoces de la cámara del Filadelfia-, ¡Las compuertas exteriores han saltado. Con su permiso vamos ahora contra las compuertas interiores!

El destacamento de destructores volvió a picar, pasó entre el torbellino de proyectiles «robot» terrícolas y nahumitas que combatían en el espacio y largaron sus torpedos. Estos, dirigidos por televisión desde los destructores, desaparecían en el interior de los tubos que abrían sus bocas sobre la superficie de Valera.

Sólo transcurrieron breves segundos desde su desaparición y su explosión. Humos, llamas y restos de compuertas salieron violentamente de las esclusas, convertidas ahora en colosales morteros.

Los ingenieros que hicieron del planetillo la más potente fortaleza volante del Universo, ejecutaron su trabajo a conciencia. No era tan sencillo abatir sus compuertas. Los destructores tuvieron que volver una y otra vez al ataque, picando, lanzando sus tor pedos, elevándose y volviendo a picar hundiendo una por una las esclusas. Cada vez que cedía una de las sólidas compuertas salían lanzados al espacio destrozados restos de buques nahumitas sorprendidos dentro.

Mientras tanto, la batalla de torpedos continuaba a un tren desenfrenado. Centenas de millares y luego millones de torpedos «robot» salían de los buques de guerra para surcar el espacio y alimentar a la insaciable hoguera atómica que ardía sobre el planetillo. Los nahumitas lanzaban cuantos torpedos podían a la máxima velocidad posible. Los terrícolas, en cambio, se reservaban para el momento en que se apagara el Rayo Azul y el enemigo fuera

vulnerable. Limitándose a poner en el espacio sólo los «paquetes» indispensables para interceptara las formaciones masivas de torpedos «robot» nahumitas, Miguel Ángel guardaba su provisión de torpedos autómatas para más tarde.

Durante tres horas, el destacamento de destructores volvió una y otra vez sobre las 50 esclusas toma das como blanco, progresando en su labor demoledora. Por fin las seis primeras esclusas quedaron destruidas. Seis colosales chorros de aire escaparon al negro vacío interestelar elevándose a considerable altura antes de disiparse. La luz del sol nahumita, al detener se en las moléculas de este aire, parecían incendiarlas dándoles el aspecto de blanco vapor de agua.

Miguel Ángel Aznar experimentó a la vez una sensación de respiro y otra de dolor. De un lado, los descomunales chorros de aire que iban a perderse en el vacío eran el anuncio de la victoria de los torpedos sobre la robustez de las compuertas. De otro lado, su corazón se encogía de angustia al pensar en los lagos, los ríos y los hermosos bosques del interior de Valera. Sus antepasados habían fabricado molécula a molécula aquel aire. Eran sus antepasados quienes formaron gota a gota las azules aguas de los grandes lagos, y también quienes plantaron los árboles poblándolos de aves exóticas y multicolores. Y él, un descendiente de aquellos esforzados hombres, se veía forzado a destruir aire y agua, plantas y bestias… Tal vez tuviera que ser su propia mano quien aniquilara al planeta entero, orgullo de la Humanidad terrestre, si el destino aciago que condujo al hermoso autoplaneta hasta esta galaxia le arrebataba la última esperanza de reconquistarlo.

El almirante Aroa lanzó un grito de triunfo a la vista de los fantásticos surtidores de vapor. Casi al mismo tiempo, el almirante Herrera gritó en el radioteléfono:

- ¡Hola, almirante Aznar! ¡Aquí almirante Herrera… las compuertas interiores de Valera se hunden!

- Lo estoy viendo -repuso Miguel Ángel con tristeza-. Continúe hasta que queden abiertas las cincuenta que señalamos.

- ¡Mire! ¡Ahora ceden otras ocho!

En efecto, otros gigantescos chorros de vapor se proyectaban en el negro espacio. La labor de destrucción había progresado a un ritmo aproximadamente igual para todas las esclusas y en la hora siguiente, cuarenta y cinco de las cincuenta esclusas designadas para ser hundidas estaban dejando escapar blancos géiseres de vapor. Miguel Ángel hizo una seña a José Luis Balmer.

- ¿Mantienes la comunicación con Ragún? -preguntó-. Ponme con el almirante Mendizábal.

José Luis habló unos instantes por el radioteléfono y luego lo tendió a Miguel Ángel.

- ¡Hola, señor Aznar! -gritó la voz de Mendizábal por el auricular-, ¿Hay novedades? ¿Cómo andan las cosas por ahí?

- Acabamos de echar abajo las compuertas de las esclusas. La atmósfera de Valera está escapando como el aire de una vejiga. Oiga, Mendizábal. Dígale al profesor Campión que corte la emisión de rayos, azules. ¿Han visto por ahí a los nahumitas?

La respuesta de Mendizábal, llegando desde muchos millones de kilómetros de distancia, tardó un momento en llegar hasta el auricular de Miguel Ángel.

- Todavía no, pero los estamos esperando.

- Perfectamente -dijo Miguel Ángel-. Pongan un torpedo atómico debajo de la máquina de rayos azules y vuélenlo todo. Esto es muy importante. Si los refuerzos nahumitas llegaran antes que nosotros hubiéramos imprimido cierta velocidad a Valera, podrían volver a fastidiarnos con su maldito Rayo Azul.

Una breve pausa. Las ondas electromagnéticas viajan a través del espacio a razón de 300.000 kilómetros por segundo. En seguida la regocijada voz de Mendizábal que decía:

- Los nahumitas no encontrarán de su máquina ni un tornillo que pueda servirles para nada. Vamos a destruirla y a zarpar hacia Valera. Estaremos ahí dentro de algunas horas. Hasta la vista.

Miguel Ángel asintió con un gruñido, abatió el radioteléfono y ordenó a su amigo:

- Ponme con el almirante Cicerón, José Luis.

El muchacho manipuló en la emisora. La voz de don Alejandro Cicerón aulló en el oído de Miguel Ángel:

- ¡Aquí el almirante Cicerón! ¿Qué pasa?

- ¡Aquí Miguel Ángel Aznar!

- ¡Ah! ¡Creí que era otra vez su maldito tío Antonio! ¡Me duelen los oídos de oírle pedir cosas!

- Acabo de hablar con Mendizábal. Va a cortar el Rayo Azul. Tome las fuerzas de desembarco y avance sobre Valera.

- A la orden, almirante. ¡Vamos allá! Miguel Ángel volvió los ojos hacia la pantalla de televisión. La batalla seguía empeñada en torno a Valera, mas sin resultados positivos para ninguno de los dos bandos contendientes. Ni un solo torpedo terrícola había alcanzado a la Imperial Flota de Nahum. A su vez, todos los proyectiles nahumitas habían sido abatidos sobre Valera. La atmósfera del autoplaneta continuaba escapando a grandes chorros por las 48 esclusas destrozadas. A bordo del destacamento de cruceros que iba a penetrar en Valera, 5.000 veteranos de la Legión del Aire, completamente armados y pertrechados con el equipo hallado a bordo de los acorazados, esperaban el momento en que descenderían sobre Valera, entrarían por las esclusas hundidas y se lanzarían al asalto del Palacio

Residencial de Nuevo Madrid, en cuyos sótanos estaba la entrada de la Cámara de Control del autoplaneta.

Tras unos minutos de sofocante silencio, mientras la insaciable hoguera atómica atizada por los torpe dos parpadeaba en el espacio y el destacamento de cruceros se adelantaba para descender sobre la polvorienta superficie de Valera, el almirante Aroa lanzó una exclamación jubilosa.

- ¡Miren! ¡El Rayo Azul se apaga!

La mano de Miguel Ángel Aznar se crispó sobre el micrófono que empuñaba. El hermoso Rayo Azul, tan fatídico para Valera, acababa de disiparse en el espacio sin dejar rastro. Con esto, las pilas atómicas de Valera volvían a henchir de energía eléctrica la gigantesca mole del planetillo. Allá dentro volvería a brillar el sol. Las luces se encenderían, funcionarían los ascensores, los automóviles eléctricos, la radio y la televisión, las compuertas de las múltiples esclusas…y las formidables defensas exteriores del orbimotor. Al mismo tiempo, la Imperial Flota de Nahum, acogida a la protección que les ofrecía el Rayo Azul, quedaba expuesta a los torpedos «robot» de los terrestres.

Mientras se planeaba esta campaña, y luego mientras se ponía en práctica, una interrogante permanecía abierta. ¿Habrían tenido tiempo los electricistas nahumitas de hacer en la dirección de tiro de las defensas valeranas las modificaciones precisas para que éstas actuaran contra la escuadra terrícola?

No era probable que los invasores hubieran realizado tan gigantesca labor en tan pocas semanas. Si fuera así, las defensas no dispararían contra la Armada Sideral terrícola. Y los torpedos «robot», que estaban provistos de «cerebros» electrónicos y de la facultad de distinguir a los buques valeranos de todos los demás, no irían contra la escuadra de Miguel Ángel, sino contra la Imperial Flota de Nahum.

Aún así, y pese al poco tiempo transcurrido desde que los nahumitas se apoderaron del autoplaneta, Miguel Ángel Aznar sentíase lleno de angustia en el momento en que el Rayo Azul quedó interrumpido devolviendo la energía eléctrica a Valera. De una forma u otra había que atacar inmediatamente a la escuadra de Nahum. El Rayo Azul ya no la protegía contra los torpedos autómatas terrícolas. Empuñó con fuerza el micrófono:

- ¡Atención, cruceros «LI»! ¡Atención, acorazados «TE»! ¡Formación de combate «EME», «UVE», «EME»! ¡Al ataque!

Los 20.000 cruceros y acorazados abandonaron su formación de cono y adoptaron la «MVM»; una línea que seguía las formas de estas letras. En aquel momento, el destacamento de cruceros empezaba a entrar en Valera por las esclusas destruidas. Las formidables defensas de Valera permanecieron mudas e inmóviles.

- ¡Larguen torpedos! -chilló Miguel Ángel.

Los 20.000 cruceros y acorazados acometieron llevando por delante una movible y mortífera barrera de torpedos «paquete», a los que seguían decenas de millares de torpedos de 15 metros de longitud. AI contornear al planetillo, las dos fuerzas siderales se vieron unas a otras. Los nahumitas también estaban lanzando torpedos.

La batalla entró en su punto cumbre. La escuadra terrícola atacó con furia incontenible. Diríase que incluso los «cerebros» electrónicos estaban poseídos de la cólera vengadora de los humanos que los habían construido. Pero la realidad era que los «robot» no se encolerizaban nunca, ya que eran simples máquinas insensibles, Lo ocurrido era que sabían perfecta mente aprovecharse de las circunstancias favorables. Y ésta era una de ellas. Los nahumitas, tras casi cuatro horas de furioso combate, habían agotado su provisión de torpedos. De la primera arremetida, más de dos mil buques nahumitas cayeron dando vueltas sobre la superficie de Valera, donde hicieron explosión levantando nubes de polvo.

Las dos escuadras entraron en colisión. Ningún cerebro humano hubiera sido capaz de controlar a los millares de navíos en aquella espantosa confusión. Pero los «cerebros» electrónicos no se arredraban, ni azaraban, ni se dejaban dominar por el excesivo entusiasmo ni el pánico. Los buques siderales eran máquinas construidas para matar fría e insensiblemente. Los terrícolas estaban mejor construidos que los nahumitas, tenían más potencia de fuego, más velocidad y maniobrabilidad. Sus corazas de «dedona» eran más gruesas y resistentes que las nahumitas y sus torpedos «robot» constituían cada uno, por sí solos, una maravilla de la técnica. Por otra parte, y como eran también más grandes, tenían más capacidad para almacenar torpedos, podían sostener un combate más largo.

Los nahumitas jamás dejarían de lamentarse de la imprevisión que les indujo a enviar los buques cautivos llenos de prisioneros a sus planetas, sin quitarles antes las piezas vitales de su artillería electrónica ni los torpedos de sus depósitos. Naturalmente, no podían prever que un jovenzuelo llamado Miguel Ángel Aznar escaparía en un crucero que sus abuelos tenían oculto. No podían prever que a bordo de aquel buque Miguel Ángel encontraría una emisora transitora, que con aquel aparato rescataría a 8.000 destructores y cruceros, dentro de los cuales iban prisioneros 500.000 hombres y mujeres jóvenes, ni que aquel pequeño grupo de navíos emprendería la arriesgada y audaz empresa de reconquistar al planetillo-auto-móvil Valera, engrosándose por el camino con otros 20.000 cruceros v grandes acorazados.

Sin los acorazados, Miguel Ángel jamás hubiera conquistado el autoplaneta. El encuentro de éstos fue fortuito, mas esta circunstancia no restaba méritos al joven caudillo, ya que si nunca se hubiera lanzado a la aventura de reconquistar el autoplaneta, no hubiera

encontrado a los cruceros y acorazados que en estos momentos despedazaban a la Imperial Flota de Nahum y ponían la victoria en sus inexpertas manos. La intervención de estos colosos del espacio fue decisiva. A los 30 minutos de batalla, los restos de la humillada Flota de Nahum emprendían la fuga.

- ¡Victoria... hemos vencido! -aulló José Luis Balmer corriendo a abrazar a su entrañable amigo.

Miguel Ángel, desfallecido por la emoción y la larga tensión nerviosa que hubo de soportar a través de estas horas de prueba, se dejó sacudir y sobar por el amigo que había vivido con él todas las jornadas, buenas y malas, de su vida. La voz del almirante Aroa les devolvió la serenidad. Aunque la batalla espacial había sido ganada por amplio margen, todavía quedaban por librar otras batallas antes de que Valera volviera a navegar bajo el control terrícola.

- ¡Señor Aznar! El almirante Cicerón pide auxilio... la resistencia nahumita es muy tenaz en el interior de Valera.

- ¿Pero todavía no se han muerto los cerdos nahumitas que hay allí? -aulló José Luis desesperado-. ¿Es que tienen más vidas que los gatos?

- Es que en el interior de Valera tenían los nahumitas una flota sideral muy importante, señor -repuso Aroa serenamente.

Miguel Ángel dio un salto hacia Aroa y le arrebató el radioteléfono de las manos.

- ¡Diga, Cicerón! -aulló ante el micrófono-. ¿Qué pasa?

- ¡Por todos los santos del cielo, muchacho! -exclamó la voz angustiada de don Alejandro-. ¡No podremos resistir ni diez minutos más si no recibimos refuerzos en seguida! ¡Los buques nahumitas nos están haciendo pedazos! ¡Estaban rodeando la salida de las esclusas y es cosa de juego para ellos voltearnos según vamos entrando en Valera!

- ¿Y las tropas de desembarco?-gritó Miguel Ángel con el cuerpo bañado de sudor frío-. ¿Qué ha sido de ellas y de mi tío?

- Casi todos los cruceros que transportaban tropas fueron destruidos... Sin embargo, algunas compañías desembarcaron según lo previsto y están atacando Nuevo Madrid. ¡Pero los nahumitas se defienden como fieras! ¡Mande en seguida sus acorazados, Miguel Ángel, o no respondo de lo que pueda pasar!

El joven caudillo tragó saliva.

- ¡Allá vamos! -aseguró-. ¡Tardaremos en estar ahí el tiempo que invirtamos en recorrer los tubos! ¿Cree que nuestros acorazados podrán pasar por las esclusas destruidas?

- ¡Mil bombas! ¡No lo sé! ¡Lo único que le digo es que hay que traer acorazados!

- ¡Los tendrá usted en seguida! -prometió Miguel Angel. Y colgó el radioteléfono cortando la comunicación.

- ¡Señor Aznar! -exclamó Aroa-. ¡Entrar en Valera en esas condiciones es un suicidio! ¡Los torpedos enemigos caerán sobre nosotros como avispas y nos irán volteando al mismo ritmo que entremos!

- Lo sé -contestó Miguel Ángel sombríamente-. ¡Esa infantería…! ¡Si los infantes no conquistan la sala de control y abren las compuertas para que entremos por todos los puntos a la vez estamos perdidos! ¡José Luis, mira si puedes entrar en contacto con mi tío!

José Luis, muy pálido, se inclinó sobre la emisora de radio y empezó a llamar al general con voz transida de angustia. Mientras tanto, Miguel Ángel empuñó el micrófono del emisor transitor.

- ¡Atención a todos los comandantes de las unidades de la Armada Sideral libre! ¡Habla Miguel Ángel Aznar! ¡Les libero del control automático transitor! ¡Cada uno de ustedes manda ahora sobre sus pilotos electrónicos!… ¡Prepárense para entrar en Valera… nuestras fuerzas de tierra están en un apuro y necesitan de la colaboración de los acorazados! ¡Por lo tanto, los acorazados entrarán primero detrás de mi buque! ¡Corto!

- ¡Miguel Ángel! -llamó José Luis-. ¡Lo he cogido! ¡Don Antonio está al aparato!

De un zarpazo, el muchacho arrebató el radioteléfono de manos de José Luis. Aplicó el aparato a su oído.

- ¡Hola tío! -gritó-. ¿Dónde está usted?

- Metido en un fregado de todos los diablos -refunfuñó el general-. Estamos forzando la entrada de la Cámara de Control… debajo del Palacio Residencial. Los nahumitas están dando las últimas boqueadas. Les falta el oxígeno que está marchándose por las esclusas destrozadas. El aire es tan rarificado ya que apenas si se ve donde no da el sol… ¡Espera! ¡Un oficial me anuncia que los nahumitas han dejado de disparar y estamos volando la puerta de entrada!

Siguió una breve y tensa espera. Por el auricular, Miguel Ángel escuchó el apagado rugido de una multitud.

- ¡Espera, Miguel Ángel! -oyó gritar a don Antonio Aznar-. La cortina de «dedona» se está levantando… ¡Son nuestros comandos! Lograron entrar por el pasadizo secreto y tomaron al asalto la sala de control… Los controladores salen en tropel mezclados con nuestros soldados… ¡ La sala de control es nuestra!

- ¡Muy bien! ¡Corra, dígales que regresen y que abran inmediatamente TODAS LAS ESCLUSAS de Valera! -gritó Miguel Ángel con el rostro bañado en sudor.

A través del auricular, Miguel Ángel oyó las breves órdenes que su tío daba a los oficiales de Transmisiones: «Rápido, gandules. Corran a abrir todas las compuertas de Valera… TODAS, ¿entienden bien? Queremos que esto se ventile para que salga el olor a nahumita». Y a

continuación, la voz de don Antonio tornó a ensordecer los oídos de Miguel Ángel.

- ¡Listo, muchacho! ¿Quieres algo más?

- Sólo una cosa. ¡Métanse ustedes en esa sala y no se dejen desalojar de allí aunque vaya Lucifer en persona con toda una legión de diablos!

¡Aquí estaremos, pase lo que pase y aunque se hunda el Universo entero -prometió formalmente don Antonio Aznar-. Hasta luego, sobrino. Cuida de tu madre.

Miguel Ángel soltó el radioteléfono y corrió hacia una de las grandes pantallas de televisión. Esta apun taba a la superficie de Valera, pudiendo verse en ella los enormes huecos circulares que correspondían a las cerradas esclusas. El crucero picaba hacia una de las esclusas torpedeadas seguido de una interminable fila de grandes acorazados.

«¿Se abrirán ahora las compuertas?» -preguntóse Miguel Ángel con el corazón en un puño y los ojos lacrimosos de emoción-. «¿No habrán estropeado los nahumitas los controles antes de morir asfixiados?» Pero no. Los nahumitas no habían tenido tiempo de destruir los controles o tal vez los dejaron intactos en la creencia de que eran todavía los dueños de Valera. ¡Las compuertas se abrían!

- ¡Mira, Miguel Ángel… mira! -chilló José Luis señalando a la pantalla de T. V.

Miguel Ángel lo estaba viendo a través de sus lágrimas de emoción. Veía abrirse un pequeño agujero en el centro de uno de aquellos colosales redondeles lisos, parecidos a grandes eras. Por el agujero salía con gran fuerza un delgado chorro de vapor, como si una locomotora quitara presión a sus calderas. Aquel delgado chorro blanco iba ensanchándose por segundos, aumentando progresivamente en altura… La esclusa se abría como el objetivo de una cámara foto gráfica y pronto quedó de par en par. Y aquí, allá y acullá, docenas de aberturas semejantes se abrían en la polvorienta superficie de Valera dejando escapar chorros de aire, que en el negro espacio semejaban hermosos géiseres de blanquísimo vapor.

La esclusa hacia la cual picaba el crucero Filadelfia aumentó considerablemente de tamaño. Por fin se tragó al buque y la pantalla quedó completamente a oscuras. Estaban atravesando la sólida corteza del planetillo…

Alguien puso en marcha un gramófono. Los vibrantes acordes del himno nacional sonaron en todo el buque y la emisora transitora lo difundió por todos los tornavoces de la Armada Sideral terrícola. Un nudo de lágrimas ahogaba a Miguel Ángel. Mientras sonaba el himno, los acorazados picaban hacia las esclusas que acababan de abrirse.

El crucero sideral Filadelfia llegó al final del largo tubo e irrumpió violentamente en el interior del planetillo hueco. Un enceguecedor

globo de fuego lució en el centro de la pantalla de T. V. Inmediatamente, Miguel Ángel se vio envuelto en el torbellino de los torpedos autómatas nahumitas que le estaban esperando…

¡Bom!

Un torpedo alcanzó al crucero en el costado. El buque se estremeció como si acabara de chocar contra una montaña.

¡Bom!

Otro torpedo estalló contra la proa del navío. Todos los ocupantes de la cámara de derrota rodaban por el piso entre el fragor de diversos objetos que caían de las paredes. Un millón de estrellas brillaron ante los ojos de Miguel Ángel cuando éste golpeó con la cabeza contra el borde de transitor. Quedó aturdido unos minutos. Una mano tiró de él poniéndole en pie. Era el almirante Aroa.

- ¡Prepárese para abandonar el buque! -gritó Aroa mientras ayudaba a Miguel Ángel a ponerse en pie.

- ¡No es necesario! -gritó el comandante del bu que-. ¡La señal de alarma ha dejado de sonar! ¡Miren… ahí llegan nuestros acorazados!

La pantalla de T. V. seguía milagrosamente entera. Por ella podía verse el interior de Valera; un sol llameante que arrancaba nubes de vapor de los grandes lagos y volvía secos y amarillos a los grandes y lujuriantes bosques.

- ¡Denme ese radioteléfono! -pidió Miguel Ángel-. ¡Hay que apagar los ardores de ese sol… es preferible tener los lagos congelados a no tenerlos de ninguna forma!

Alguien además de él había previsto que si no se quitaba energía al sol artificial, éste, sin atmósfera que mitigara sus ardores, convertiría en vapor toda el agua de Valera. Retirando calor al sol desde la Cámara de Control, el agua se congelaría en el espantoso frío que empezaba a reinar en Valera a medida que éste perdía su atmósfera. Pero en aquellos lagos hela dos volverían a licuarse a su debido tiempo, cuando con las esclusas reparadas empezaran las máquinas a fabricar colosales cantidades de oxígeno para formar una nueva atmósfera.

- ¡Maquinista a comandante! ¡Avería en la sala de máquinas -aviso uno de los «cerebros» electrónicos de a bordo.

- Capitán. Conduzca el buque hasta Nuevo Madrid -ordenó Miguel Ángel al comandante del navío.

Una terrorífica batalla aérea se desarrollaba en torno al buque de Miguel Ángel. Los acorazados, entrando rápidamente por todas las esclusas a la vez, aumentaban en número e iban inclinando la victoria a su favor. El espacio estaba lleno del cárdeno parpadear de las explosiones atómicas. Aquí y allá caían pesadamente buques de guerra que hacían explosión al estrellarse. Entre las víctimas se veían bastantes navíos terrícolas, pero la inmensa mayoría eran nahumitas.

La fuerza que éstos tenían en el interior de Valera no llegaba a los 10.000 buques. La escuadra terrícola era superior técnica y numéricamente.

Pero esto no era todo. Los oficiales de Transmisiones, al conquistar la Sala de Control del autoplaneta habían pasado a ser los dueños de 2.000.000 de destructores, cruceros y acorazados siderales que los nahumitas no habían tenido tiempo de llevarse. Aquellos dos millones de navíos de combate podían controlarse desde los sótanos del Palacio Residencial. Los nahumitas de Valera estaban, pues, irremisiblemente perdidos desde el instante en que el general don Antonio Aznar entró con los expertos controladores en la Sala de Control del autoplaneta.

Los nahumitas lo comprendieron así e intentaron escapar por las abiertas esclusas. Algunos de ellos consiguieron salir… sólo para caer derribados por las defensas exteriores de Valera, ya bajo control terrícola.

La batalla había terminado. Miguel Ángel empuñó nuevamente el manoseado radioteléfono y se puso en contacto con su tío, que seguía en la Sala de Control.

- Tío -le dijo-. ¿Habéis…?

- Hijo mío -repuso el general sin dejarle acabar la pregunta y echándose a reír-. ¿Creerás que en Valera ya no quedan hombres eficientes? Este planeta fue construido mucho antes de que naciera tu tatarabuelo y todo ha funcionado normalmente en él desde entonces. ¿Preguntas si hemos olvidado poner en marcha los motores y alejarnos de Nahum? Descansa tranquilo. Fue lo primero que hicimos. Los reactores atómicos llevan funcionando a toda marcha un buen rato y vamos ya camino del espacio abierto acelerando constantemente. En realidad, vamos cobrando tal impulso que el almirante Mendizábal tendrá que estirar mucho las piernas si quiere alcanzarnos.

- ¡Gracias a Dios! -suspiró Miguel Ángel. Y como sintiera de pronto todo el peso abrumador de las agitadas jornadas se dejó caer en uno de los amplios sillones quitándose la escafandra.

La princesa Ondina entró en la cámara de derrota del crucero sideral Filadelfia acompañando a la madre de Miguel Ángel. Madre e hijo se abrazaron y besaron. El joven la vio inmóvil y pensativa por encima del hombro de su madre y le preguntó:

- ¿Qué te ocurre, Ondina? Te veo triste. ¿Es que no gozas del contento general?

- Celebro que hayas vencido, que hayas reconquistado tu mundo y te encuentres con tu madre, si es eso lo que quieres decir. Pero de otro lado siento la tristeza de nuestra despedida…

- ¿Despedida? ¿Acaso te vas?

- Eres tú y los tuyos quienes os marcháis.

- ¡Qué absurdo! -exclamó Miguel Ángel-. El autoplaneta se aleja en

estos momentos de Nahum, más sólo para reparar sus averías, fabricarse una nueva atmósfera, equipar sus fuerzas armadas y reorganizar el Ejército y la Armada Sideral. Luego volverá a Nahum. Volverá provisto de una coraza electrónica que le haga invulnerable a los rayos azules nahumitas, más fuerte y temible que nunca… No, nos marcharemos de Nahum en tanto el Imperio de los nahumitas no caiga deshecho a pedazos, en tanto no rescatemos a nuestros millones de hermanos cautivos, en tanto no hagamos sentir a los nahumitas el peso de nuestra justicia y en tanto no sean libres y felices todos los planetas de esta galaxia…

Unas vibrantes notas del himno nacional del planeta Tierra ahogaron las palabras de Miguel Ángel Aznar. A la vista estaba nuevo Madrid, la capital de Valera, con sus altos y bellos rascacielos de vidrio y su majestuoso Palacio Residencial. Miguel Ángel Aznar volvía a su patria, a su ciudad natal y a su hogar. Ondina, princesa de los oceánides, sonreía entreviendo con la imaginación los venturosos días que esperaban a su desdichado pueblo… Por cierto que los cirujanos que habían huido con ella y Miguel Ángel de Ciudad de Coral, iban a operarla en seguida adaptando sus pulmones a la nueva vida que se abría henchida de esperanza ante su pueblo.

FIN

G E O R G E H. W H I T E
abre ante los sorprendidos ojos de sus lectores la posibilidad de un nuevo modismo de la guerra, más cruenta y aniquiladora que la guerra atómica.

LA GUERRA VERDE

¡Guerra contra la clorofila, la sustancia verde de las plantas, que constituye la base de la alimentación del hombre! Las generaciones del futuro temerán más a esta guerra que a cualquier otra inventada por el hombre para destruir al hombre.

LA GUERRA VERDE

¿Qué ocurre en un planeta habitado por nueve mil millones de seres cuando toda su vegetación perece disipada en humo? En un lejano sistema planetario, el hombre oriundo de la Tierra desencadena esta guerra aniquiladora contra el más duro, inhumano e implacable de sus enemigos.

LA GUERRA VERDE

Escrita por el sensacional
G E O R G E H. W H I T E
aparecerá en el próximo número de esta colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio:* **5** *pesetas*